

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA SIERRA DE FAMATINA (PROV. LA RIOJA) *

POR JUAN SCHOBINGER

Antecedentes.— En 1962 el Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo inició el estudio arqueológico sistemático de la provincia de San Juan, en especial de su área Norte. De nuestras exploraciones y excavaciones preliminares, y del conocimiento de algunas colecciones y la escasa bibliografía (cuyo único exponente de importancia sigue siendo el trabajo de Debenedetti de 1917) surgía un panorama cultural en tres grandes etapas: a) Precerámico (yacimientos con hallazgos superficiales de puntas ayampitinoides en la zona del río Gualcamayo y en la meseta de San Guillermo); b) Período cerámico, con culturas relativamente locales (principales grupos: de Angualasto o Sanagasta en el norte, y de Calingasta —relacionada con Agrelo en Mendoza (“protohuarpes”?)— en el sur); c) la presencia Incaica (Schobinger, 1964). Esta última no se superpone o desplaza a las culturas anteriores, sino que aparece yuxtapuesta, conservándose incluso algunos rasgos de las culturas locales hasta la época colonial. Las relaciones entre ambas no se hallan muy claras; la dominación imperial incaica parece haberse ejercido sólo a lo largo de sus caminos jalonados por *tambos*. En la zona cuyana, la línea principal recorría longitudinalmente los valles precordilleranos de norte a sud, acercándose cada vez más a la Cordillera con el fin de comunicarse con Chile, destino último del sistema vial en esta área (Vinchina — Guandacol — Gualcamayo — valle de Iglesia — Calingasta — Uspallata). El poblado de

* El contenido de este artículo corresponde, con algunas modificaciones, al de una comunicación presentada al Congreso de Historia del Tucumán (31 de mayo al 5 de junio de 1965), cuyas Actas no han sido impresas.

Salvo indicación contraria, las fotografías son del autor. Los dibujos fueron realizados por Vicente Orlando Agüero Blanch, sobre borradores del autor.

Ranchillos en la zona de Uspallata, bien conocido por los estudios de Aparicio (1940) y Rusconi (1962) y por observaciones propias, nos sirvió de referencia inicial acerca del patrón de poblamiento incaico en esta zona, y de los tipos de cerámica asociados. Posteriormente se relevaron las cercanas ruinas de Tambillos, así como la "tambería" de Tocota en San Juan, ya visitada por Debenedetti (1916, pp. 126-129), reconociéndose asimismo su carácter de establecimientos incaicos.

Puestos a encarar las correlaciones con áreas vecinas, se imponía en primer lugar la provincia de La Rioja, en donde los tres períodos antes señalados se paralelizan claramente.¹

Una feliz circunstancia nos llevó a iniciar dicho estudio comparativo iniciando a la vez la labor de "Arqueología andinística" que desde mediados de 1963 venimos realizando. Ello fue el contacto con el señor Erico Groch, conocido audinista de San Juan, escalador de numerosas cumbres en dicha provincia y en las vecinas. En 1960 había ascendido junto con su hija Elda y Sergio Fernández, el cerro Negro Overo, segundo en altura del cordón del Famatina con sus 6050 m. s. n. d. m. (Ubicación: 28° 55' S, 67° 50' W). En la ocasión, había recogido el "testimonio" de su único predecesor, el geólogo Dr. Horacio Harrington, quien en 1941 había alcanzado dicha cumbre desde las Tamberías de la Pampa Real al oriente.² (Groch lo hizo por el lado occidental, desde el puesto Las Pircas). Decía dicho testimonio: "... En la cumbre había un corral de indios, varias astas de venados, rodados de arenisca y fragmentos de leña de retamo. Evidentemente ningún blanco lo había subido". También Groch levantó algunas astas que se hallaban diseminadas por el suelo pedregoso, pero, falta de información

1. Precerámico: el yacimiento superficial del Totoral (Boman 1920), estudiado modernamente por el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba; cerámico: centro primordial de la cultura de Sauagasta o Angualasto, con presencia importante de los períodos anteriores, sobre todo de La Aguada; incaico: restos de caminos y tamberías estudiadas por F. de Aparicio (1936-1937). A ello se agregan las observaciones de campo de los geógrafos Kühn (Boman 1920) y Rohmeder (1941-1949).

2. Hace 70 años el geólogo Rodolfo Hauthal se propuso ascender el Negro Overo, creyendo que era la cumbre más elevada del Famatina, pero cambió de rumbo al ver que el Nevado era más alto. Con grandes penurias realizó su primera ascensión, el 20 de mayo de 1895 (Hauthal, 1895).

Durante su campaña de exploraciones de enero-febrero de 1919, Franz Kühn ascendió la Sierra de Famatina hasta unos 5.900 m. Sus interesantes observaciones geomorfológicas se hallan contenidas en su trabajo (Kühn 1919), al que nos remitimos sobre dichos aspectos.

arqueológica hasta ese momento, no captó íntegramente su significado.

Obtenido el informe y puestos en contacto con el Sr. Groch, organizóse la primera expedición del Instituto al Famatina, que tuvo lugar del 8 al 16 de julio de 1963.³ El Sr. Groch ofició de guía y jefe técnico. En la ocasión se exploraron algunos sitios en Vinchina, así como los alrededores del puesto Las Pircas sobre el arroyo (entonces seco) Tambillos, al pie del Negro Overo. Este fue escalado el día 13 por los señores Groch, Bernardo Rázquin y el que escribe.⁴ Observóse la "pirca" de planta aproximadamente rectangular y se recogió un asta y un leño quemado, pero desgraciadamente un fuerte viento muy frío hizo fracasar la documentación fotográfica e impidió un estudio más detenido del lugar. Por ello se planeó una segunda expedición realizada del 29 de noviembre al 3 de diciembre del mismo año, partiéndose esta vez desde el lado oriental. Mientras el que escribe asistido por el prof. Pablo Sacchero y la Srta. Alicia Ruiz procedían al relevamiento minucioso de la Tambería de la Pampa Real a fin de completar los datos preliminares de Rohmeder (1941), Groch y Rázquin ascendían al Negro Overo y obtenían la documentación faltante. Además, descubrían un grupo de habitaciones situado a 5500 m, en la que también recogieron un leño. Durante el recorrido con mulares desde Corrales hasta la Pampa Real (unos 25 Km) se pudo observar el camino o "carril del Inca", de que ya nos diera noticia el autor citado, claramente visible en dos sendas rectas paralelas; asimismo, se descubrieron algunos petroglifos y un conjunto de "morteros" en el lecho rocoso de una hondonada.

Resultado principal de estas expediciones es la documentación de un itinerario atribuible con seguridad a la época incaica, con un ramal principal que es el que cruza la sierra de Famatina por el paso del Tocino (4250 m) y baja hacia Las Pircas para salir al valle de Vinchina (v. también Rohmeder 1949), y otro lateral que tiene por centro a la Tambería de la Pampa Real y desde la cual

3 La cruda estación elegida se justifica por no ser época de lluvias como lo es el verano, y por poder disponer entonces de mulares cedidos por la Gendarmería Nacional de Vinchina, colaboración que aprovecho para agradecer. Las dos expediciones de 1963 al Famatina tuvieron el auspicio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (de la que depende el Instituto).

4 También integró la expedición la Srta. Elda Groch; por indisposición no llegó ahora hasta la cumbre.

se subía —en especiales ocasiones— hasta la cumbre del Negro Overo. Amplióse así la documentación proporcionada por Kühn y Rohmer, agregándose detalles de interés como lo es el probable ofrendatorio de la cumbre, atribuible con bastante seguridad al mismo período incaico. Correspondiente al otro extremo temporal, identificóse no lejos de Las Pircas un taller lítico, con puntas lanceoladas y otro material, de tipología precerámica.

Se describen a continuación los sitios estudiados y hallazgos obtenidos en el área central de la Sierra de Famatina culturalmente relacionados con el sitio de altura. Dejamos para otra ocasión las observaciones sobre otros lugares arqueológicos situados en los contrafuertes o al pie de dicha Sierra, así como la publicación del material precerámico de Las Pircas.

A) SECTOR ORIENTAL DE LA SIERRA DE FAMATINA (Ver mapa fig. 1)

a) *Itinerario Incaico principal*

Toponimia, historia y arqueología coinciden en que el tramo principal de la red caminera prehispánica al oriente de la cadena andina comenzaba a escalonarse en dirección a ésta, a partir de la extremidad sur del Valle de Santa María, dejando ramales que desembocaban en los centros más orientales del dominio imperial: Pucará del Aconquija, Saujil, Los Sauces (?), y, en la zona que estudiamos: la "tambería del Inca" de Chilecito (Creslebin 1940, Madrazo y Ottonello 1966; sobre los caminos: Alurralde 1948 y Strube 1963). Desde la fortaleza de Watungasta —para la que se tomó como base un antiguo poblado de la cultura de Belén— el camino se dirige nuevamente hacia el sur, paralelo a la actual ruta 40, jalonado por los tambos de Costa de Reyes y Los Cazaderos (Aparicio 1937). Es posible, como lo sugiere Boman sobre la base de los datos de Kühn, que haya existido un camino que, partiendo de la zona mencionada, se haya internado detrás de las escarpadas serranías llamadas El Crestón, uniéndose cerca del Portezuelo del Tocino con el que ascendía la empinada ladera del Famatina desde el Este (Boman 1920, p. 38); pero no hay duda de que el tramo principal era este último. Hay que suponer, pues, que el camino "real" continuaba desde Angulos hacia el sur, tal vez tomando parte

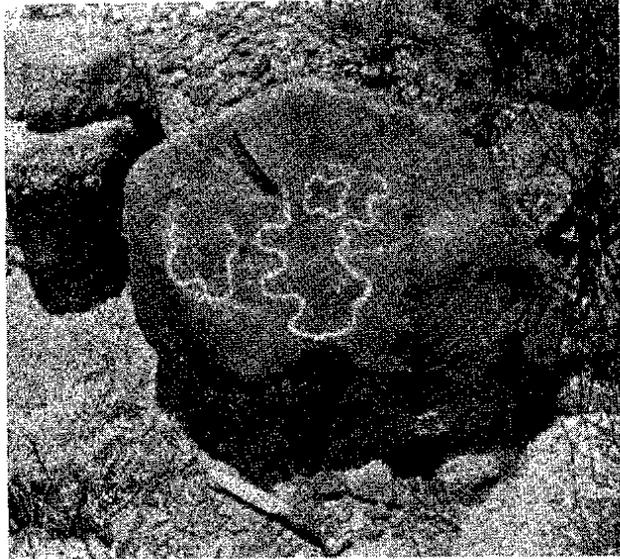


FIG. 3. — Petroglifo cercano al "camino del Inca".

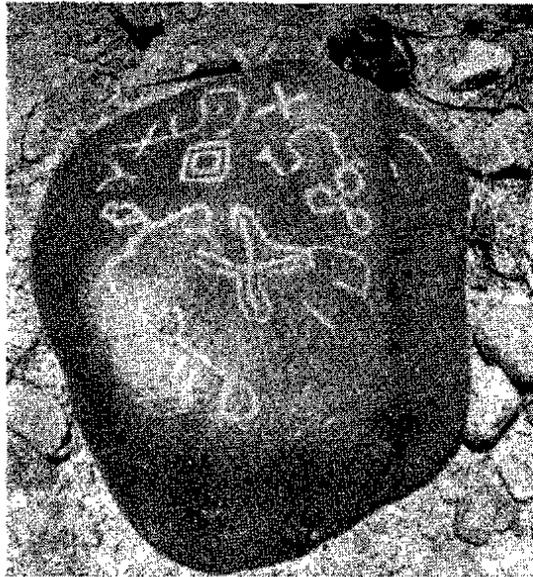


FIG. 4. — Petroglifo cercano al "camino del Inca".



FIG. 2. — Grupo de seis morteros en el lecho rocoso de un arroyo seco.

del valle del río Blanco para salir en las cercanías del actual caserío de Corrales a la cuenca de los ríos Achavil-Amarillo. De aquí un ramal debía dirigirse por Las Gredas, Famatina y Plaza Vieja hacia el gran tambo amurallado de Chilecito.

El otro tramo se dirigía hacia el Oeste. Suponemos que buena parte de la ancha senda utilizada hoy día coincide con él. Hay partes terraplenadas o con sostenes de piedras que parecen ser simples reconstrucciones modernas de lo existente en tiempos antiguos. Tras cruzar el amarillento río Achavil —que desde allí tiende a encajonarse— la ruta sigue más o menos paralela al mismo.

“Morteros” en roca.— En un punto descubrimos algo inesperado, y que probablemente no corresponde a la época incaica: seis oquedades tipo “mortero” practicadas en el piso rocoso del cauce de un arroyo seco (fig. 2). Tres se hallan alineadas de S.E. a N.O., midiendo la primera 20 cm de diámetro por 20 cm de profundidad; 15 por 10 cm la segunda, y otro tanto la tercera. De sus proximidades parte una canaleta natural, que posiblemente fue usada ritualmente en relación con los morteros. Un par de metros más arriba, tres huecos similares forman entre sí un ángulo recto. La situación general de estas obras hace pensar que este cauce ya estaba seco

en la época indígena, y que los ritos se realizaban en relación con los momentos en que —tras alguna lluvia— pasaba el agua. (Tenemos aquí un caso en el que puede verse que estos morteros no fueron usados para “moler”).

Petroglifos.— Algo más arriba, sobre una meseta a unos 50 m de la senda actual, a la altura del río “Caño Seco”, descubrimos dos rocas con la oscura “pátina del desierto” en su superficie, que presenta grabados rupestres hechos con una técnica de percusión suave. Una es pequeña, con motivos curvilíneos y una cruz de brazos anchos y cortos (fig. 3). La otra tiene líneas curvas y motivos simbólicos, entre los que se destacan la cruz enmarcada y el doble rectángulo (fig. 4). Unos 200 m más arriba se halla a la izquierda del camino otra roca con petroglifos sencillos e irregulares, al lado de los cuales hay letras modernas.

La interpretación de estas obras no es fácil. Por un lado, por su tendencia estilística se acercan al Estilo B de Lorandí (1965), que corresponde según esta autora a la primera mitad del período Tardío del Noroeste (aproximadamente 1000—1300), no estando demasiado alejados de un importante centro de ese estilo (Campanas—Chañarromo). Por otro lado, la falta de rastros de las culturas correspondientes —Belén, Angnalasto— en las inmediaciones (aunque esto podría deberse a una laguna en la investigación) y sobre todo su aparente asociación con la ruta incaica, llevarían a considerarlos como manifestaciones muy tardías y algo decadentes de un arte de raíz local —digamos, Diaguita—, realizado bajo la dominación incaica por súbditos de éstos con un fin ritual similar al de las apachetas y círculos de piedras que en puntos altos de la sierra jalonan el camino.

La figura cuadrangular (“toco”) podría verse como directa influencia incaica.

De acuerdo con esta hipótesis, tendríamos aquí unas de las pocas manifestaciones rupestres que, en el área La Rioja—San Juan, podrían datarse del período incaico (Schobinger, IMSI II).

Datos sobre ruinas.— En 1919 Kühn observó las ruinas pircaadas de un pequeño poblado, cerca del actual puestito “Chilitanca”. (Da erróneamente su altura en 2950 m: según el plano de Pusch es de 2.400 m. Rohmeder en cambio da 2150 m (1941, p. 111), induda-

blemente muy baja). Dice que se parecen a las de la Pampa Real, pero más desparramadas y menos bien conservadas. En su mayor parte se hallan cubiertas por vegetación. Hay construcciones rectangulares que tienen aberturas de entrada de unos 0,50 m de ancho. También observó la existencia de grandes rocas con hoyos de morteros en su superficie (Boman 1920, p. 37-39). En nuestra expedición no tuvimos oportunidad de examinar estas ruinas. De los datos aportados puede inferirse que Chilitanca fue un tambo sobre el camino incaico; tal vez el punto donde el camino que venía del norte troncaba con el de Este-Oeste. Su nombre puede ser supervivencia de la época precolombina.

Otro conjunto habitacional, más pequeño, es mencionado por Rohmeder (1941, p. 111; 1949, p. 89) al lado del Puesto de Alvarez (cerca del llamado Portezuelo de Tule sobre la margen del río Achavil). En el mismo halló "pedazos de alfarería del corriente tipo diaguíta". Hallándose a casi un kilómetro al norte de la ruta incaica, su filiación cultural no es segura.

"*Carril del Inca*".— Desde una pequeña loma que sigue a Chilitanca, puede observarse nítidamente el camino, notable por su conservación, su recta orientación E-O, y, sobre todo, por la comprobación de que no se trata de uno sino de dos, completamente paralelos (fig. 5). Se extiende este tramo por un amplio *glacis* poco inclinado hacia la Sierra, en una extensión de 2,5 km. La senda del lado sur tiene entre 5 y 6 m de ancho (Rohmeder midió entre 7 y 8 m), y es utilizada actualmente como camino de herradura. A unos 15 m al norte corre el otro camino, algo menos ancho (unos 3,50 m). El primero conserva todavía en muchos puntos las piedras alineadas por su borde (fig. 6). Rohmeder observó y fotografió este camino (1941, p. 111), pero curiosamente no se dio cuenta de su carácter de doble.

¿Cómo explicarse este "Injo"? Mucho hemos pensado sobre ello, y consultado bibliografía sobre los caminos incaicos, sin resultado convicente. En un trecho largo del camino situado en la "banda" Norte, se ha formado una torrentera que lo ha deteriorado. Si esto se produjo ya en la época prehispánica, pudo dar motivo al trazado de un nuevo camino. Los motivos geométricos-rituales que llevaron al trazado rectilíneo y a una orientación definida de las rutas incaicas --cuando el terreno lo permitía-- llevaron a no contentarse con una mera "variante", como hubiéramos hecho nosotros.

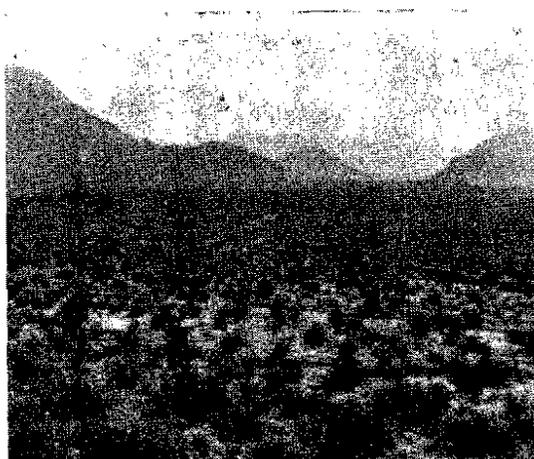


FIG. 5. — Las dos líneas paralelas del "camino del Inca"
(vista hacia el Oeste.)

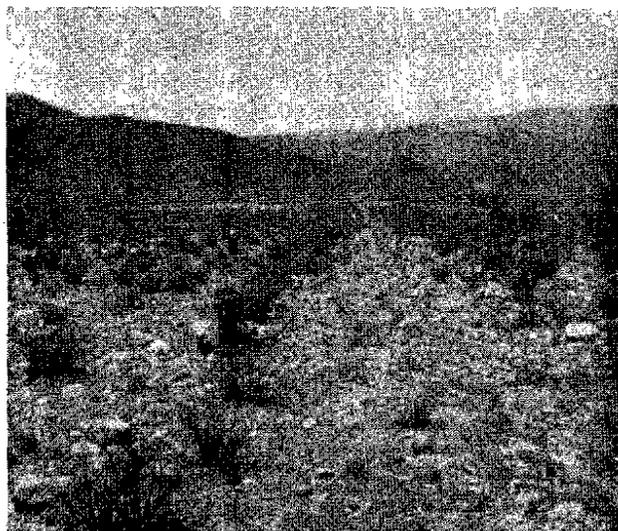


FIG. 6. — Línea del costado Sur del "camino del Inca"
(vista hacia el Este).

Lo curioso es que, al parecer, el carácter doble del camino continúa aún por un cierto trecho más hacia el Este, cuando la topografía le impone una serie de curvas. Esto por lo menos es lo que se observa en el camino actual.

Para la descripción ulterior del camino —subida hasta el paso del Tocino (4250 m), tramo en la zona alta, y descenso en la vertiente occidental (la “cuesta del Inca”)— remito al artículo de Rohmeder, 1949.

b) *Itinerario lateral*

El camino real es cortado por el río Achavil, que corre encajonado de S.O. a N.E. Una senda casi inexistente asciende paralelamente al mismo continuando luego hacia el sur en busca de la mina “La Mejicana”. En otros tiempos, el mismo camino se debió tomar para llegar a un importante agrupamiento de viviendas, llamado “Las Tamberías de Pampa Real”.

Frente a la “Loma Bola” (donde en tiempos de Rohmeder hubo un puesto), este autor observó la existencia de un pequeño terraplén de piedras, “en la bajada hacia un arroyo con un corte en la barranca y amurallamiento en el borde opuesto” (Rohmeder, 1949, p. 89). No lo hemos visto, pero en cambio observamos poco antes de la llegada a las “Tamberías”, una doble hilera de piedras grandes adosadas, como bordeando a la antigua senda. Esta parte conservada tiene unos 10 m de largo, y se abre un poco en ambos extremos. Unos 200 metros después se comienza a divisar en dirección S.O. un amplio valle recorrido por el arroyo Volcancito; es la “Pampa Real”. Nombre sugestivo, que bien puede reflejar el recuerdo de que allí hubo un centro de una “realeza” más antigua que la hispánica. Algo más al sur, un paraje similar repite el topónimo: es el “Real Viejo”.⁵

Se trata de un valle de origen glaciar, ampliamente cubierto tanto en las laderas como en el fondo por acarreos, y cruzado actualmente por el río Volcancito que tuerce lentamente hacia el N.E. “Toda la hondonada constituye un amplio campo de cantos rodados,

⁵ Otro más se halla a 3700 m en la vertiente occidental de la Sierra, cerca del Portezuelo de Huacachica cruzado por el camino: “Realito” (puesto y arroyo).

de composición granítica, oriundos de las faldas orientales de la sección norte de las cumbres centrales de la Sierra de Famatina. Morfológicamente, este campo se compone de los diferentes conos de deyección de los torrentes que salen de las cabeceras semicirculares de los valles de la referida falda oriental de la zona encumbrada, abanicos de cantos que se unieron y siguen uniéndose durante su continua formación y transformación". (Rohmeder, 1941, p. 114).

La vegetación es muy rala, formada sobre todo por matas de "pasto duro", que al tiempo de nuestra visita hacían lucir al valle de un vistoso color amarillento. El clima es ventoso y frío. La cota de altura oscila alrededor de los 4000 m. (Más detalles fisiográficos pueden verse en Rohmeder, op. cit.).

Las ruinas de la Pampa Real (figs. 7-21). Reproducimos aquí nuestra documentación referente a este conjunto habitacional, ampliando así y rectificando en algunos detalles las breves descripciones dadas por Kühn-Boman y Rohmeder.⁶

La "Tambería" está constituida por tres grupos, cada uno constituyendo un "semi-conglomerado" (según la definición de Madrazo, 1966). El primer grupo al que se llega, que denominamos A, está formado sólo por 3 recintos, orientados un tanto hacia el N.E. (fig. 11). Se halla, como los dos grupos siguientes, sobre el comienzo del faldeo, todavía poco pronunciado, que limita al valle por el costado N.O. (Ver plano general, fig. 10).

Por su ubicación y características, el primer recinto parece haber sido la habitación del "guardia" (mide 4,50 x 3,80 m), con una subdivisión interior baja. Las paredes son anchas (entre 0,65 y 0,50 m), conservando una altura de 1,05 m. Hay un pequeño corral adosado de 7,50 x 7,70 m. (Salvo otra indicación, se proporcionan siempre las medidas *externas*). En su interior, y en el exterior del recinto habitacional, se encontraron numerosos fragmentos de cerámica (ver más abajo). Hacia el N.E. se observa una línea irregular de piedras. Se trata de piedras caídas alguna vez del muro, o tal vez un muro derrumbado.

⁶ Conviene aclarar el error de Kühn-Boman al decir que estas ruinas se hallan en una de las nacientes del río Achavil, y señalando en el croquis-plano de la región del Valle de Famatina a la Pampa Real demasiado al norte, sobre el mencionado río y al este de la Cumbre Baya (Boman, 1920, p. 38). El arroyo Volcancito no confluye en el Achavil sino, junto con el Marco, da origen al río Amarillo.

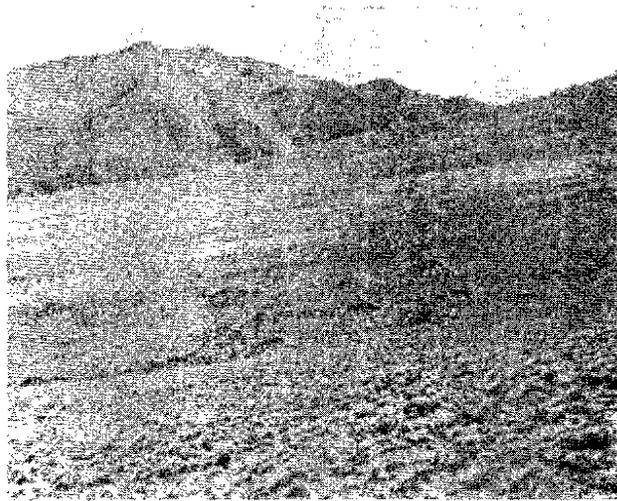


FIG. 7. — La Pampa Real: vista de conjunto del grupo B (desde el Oeste).

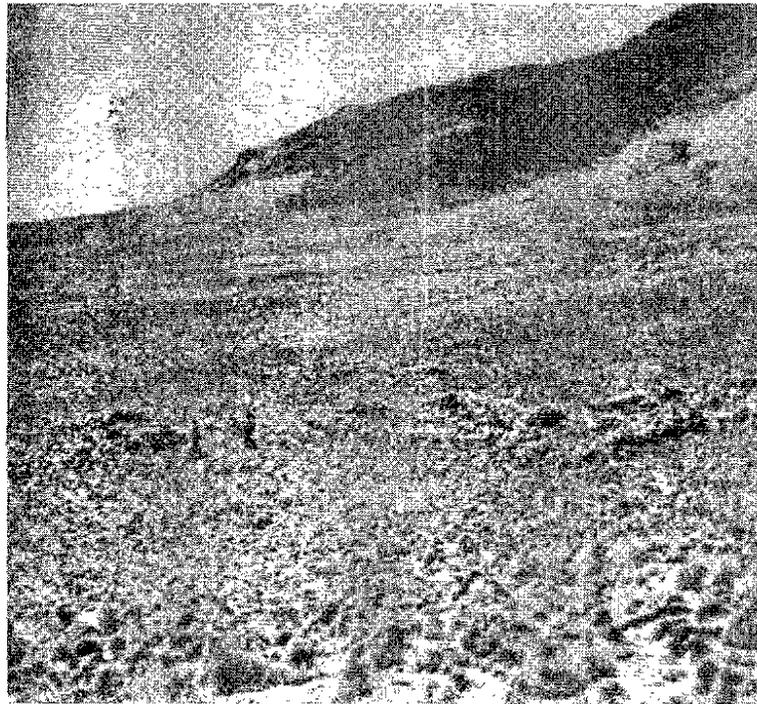


FIG. 8. — Otra vista del grupo B (desde el N.N.O.).

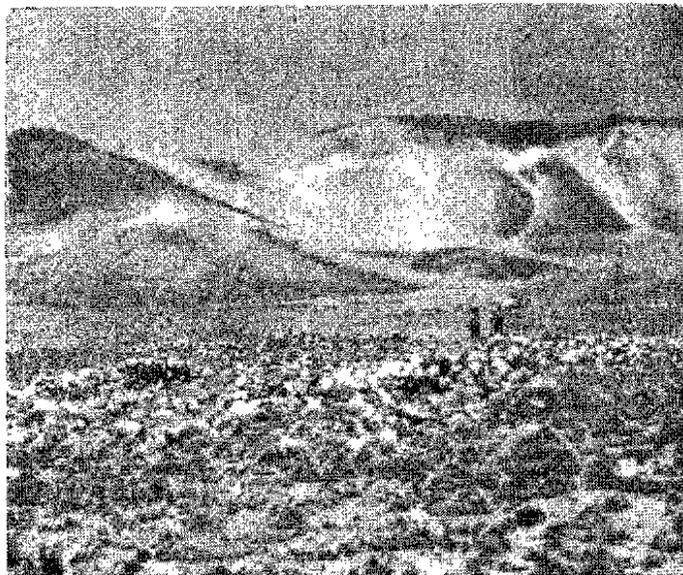


FIG. 9. — Parte baja del grupo B; más lejos, el grupo C. Al fondo, el cerro Negro Overo.

Sigue una unidad compuesta (Madrazo y Ottonello, op. cit.), aproximadamente rectangular de unos 15 x 18 m, con varias subdivisiones; las paredes son anchas (80-90 cm); frente al primer sector hay un corral (o patio) de forma algo trapezoidal de 9,20 x 7,80 de lados mayores, por 8 m hacia el extremo, que presenta una puerta de 1,35 m de ancho. El recinto central mide internamente 7 x 6,50 m; el que tiene adosado es más pequeño (5,50 x 2,50). Pudo haber sido un depósito (uo se observa puerta). En el ángulo N. del recinto doble (de 8,70 x 4,40 m) se realizó entre las paredes derrumbadas un pequeño sondeo, comprobando la existencia de un fogón.

La tercera estructura es simple; consiste en un recinto rectangular de 4 x 3,40, y 0,60 a 0,70 m de altura. Una estrecha pared (como muchas, derrumbada) comunica con otro recinto de forma un tanto circular, de 5,60 m de diámetro; hay una pared derrumbada (?) hacia el S. Dentro y fuera de este recinto se encontraron algunos fragmentos de cerámica. El ancho de las paredes de todo el conjunto es de 0,65-0,70 m.

El segundo grupo (B) es el más grande. Dentro del mismo puede diferenciarse un subgrupo situado hacia el E. en nivel más bajo, y otro más complejo hacia el N.O. (figs. 12-14).

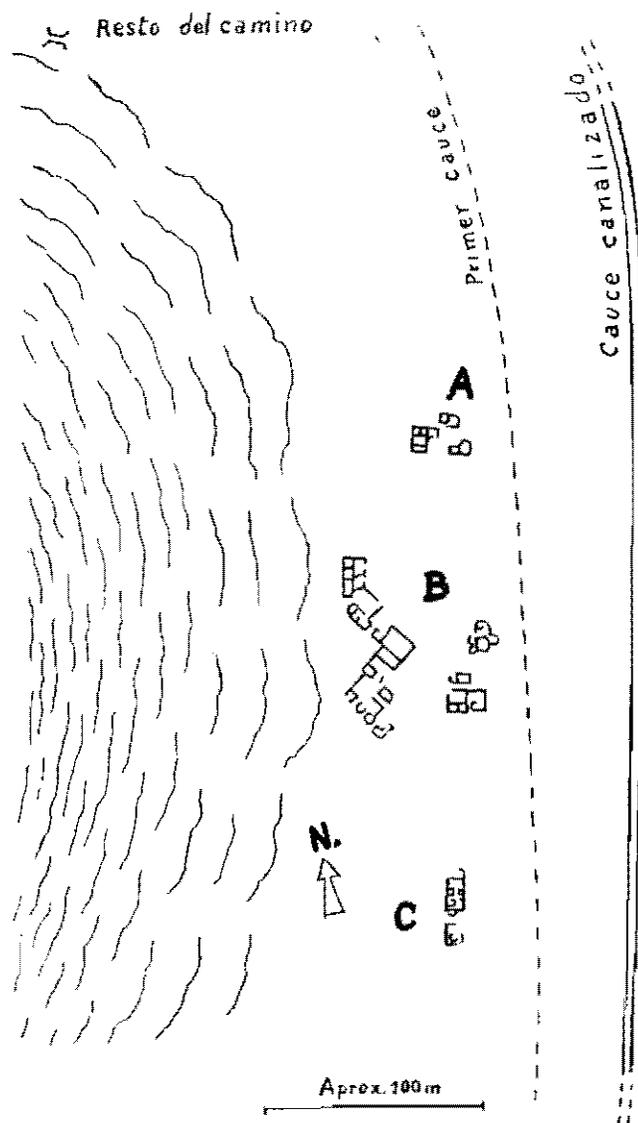


FIG. 10. — Plaza general de la distribución de las ruinas de la Pampa Real.

La primera habitación del primer subgrupo está a unos 80 m al E.S.E. de la tercera estructura del grupo A. Es la que se halla más cerca (unos 10 m) del borde del primer cauce de crecientes del río Volcancito. Presenta una tipología algo compleja; se trata de una habitación de paredes conservadas bastante altas (figs. 16 y 17) de 5,50 x 4 m interno con puerta al N.N.E. de 0,65 m, rodeada por un sistema de "corralitos" (?) adosados. El mayor, situado frente a la puerta, mide 6 x 6,50 m y tiene una pequeña subdivisión interior; hay una comunicación estrecha con otro recinto lateral similar. Hacia el otro lado, dos pequeñas estructuras curvilíneas, una cerrada, se hallan adosadas a la habitación. (A estas estructuras, así como a la que acompaña la habitación siguiente, y los dos recintos circulares del grupo B, sector N.O., se refiere Rohmeder al mencionar "semicírculos edificados... que se asemejan completamente a los conocidos enterratorios semicirculares de poblaciones prehispánicas ya investigados arqueológicamente" (1941, p. 115). No hemos encontrado en toda la tambería ningún indicio de enterratorio, y nos parece que el terreno pedregoso no se prestaría para ello. Por ello, parece más probable que esas estructuras sean depósitos).

Unos 10 m al S.O. se halla otro conjunto formado por dos estructuras separadas: una habitación aislada rectangular (5 x 4 m, con paredes de 0,70 de ancho y 0,90 a 1,10 m de alto bien construidas), con una murallita curva partiendo de la esquina oeste (tal vez se trate de una simple defensa contra el agua de las precipitaciones); y separado por un pasillo de aproximadamente 1,50 m de ancho, un recinto múltiple cuya disposición puede verse en el plano. De un lado, una habitación rectangular doble (8,50 x 3,80 m) situada a un nivel algo más alto que su "patio" (no se observaron indicios de puerta); adosado, lo que parece ser un corral con subdivisiones curvilíneas. Toda la estructura mide 17,50 x 11 m (fig. 18).

El conjunto de B situado más al N.O. y O., bastante deteriorado sobre todo en las partes más altas (pues allí comienza a acentuarse la inclinación del faldeo), es en realidad una sola estructura de apariencia compleja. Podemos diferenciar 4 sectores. Empezando desde el norte, tenemos primero una habitación doble y separada por un pasillo de 1,50 m de ancho otra simple, rectangulares, alineadas con sus lados mayores orientados de N.N.E. a S.S.O. La primera curiosamente no muestra haber tenido puertas; dimensiones: 8,40 x 3,50 m. La segunda mide 9 x 3,50, con puerta abierta al E.S.E. En nivel descendente hay tres patios o corrales de forma un tanto

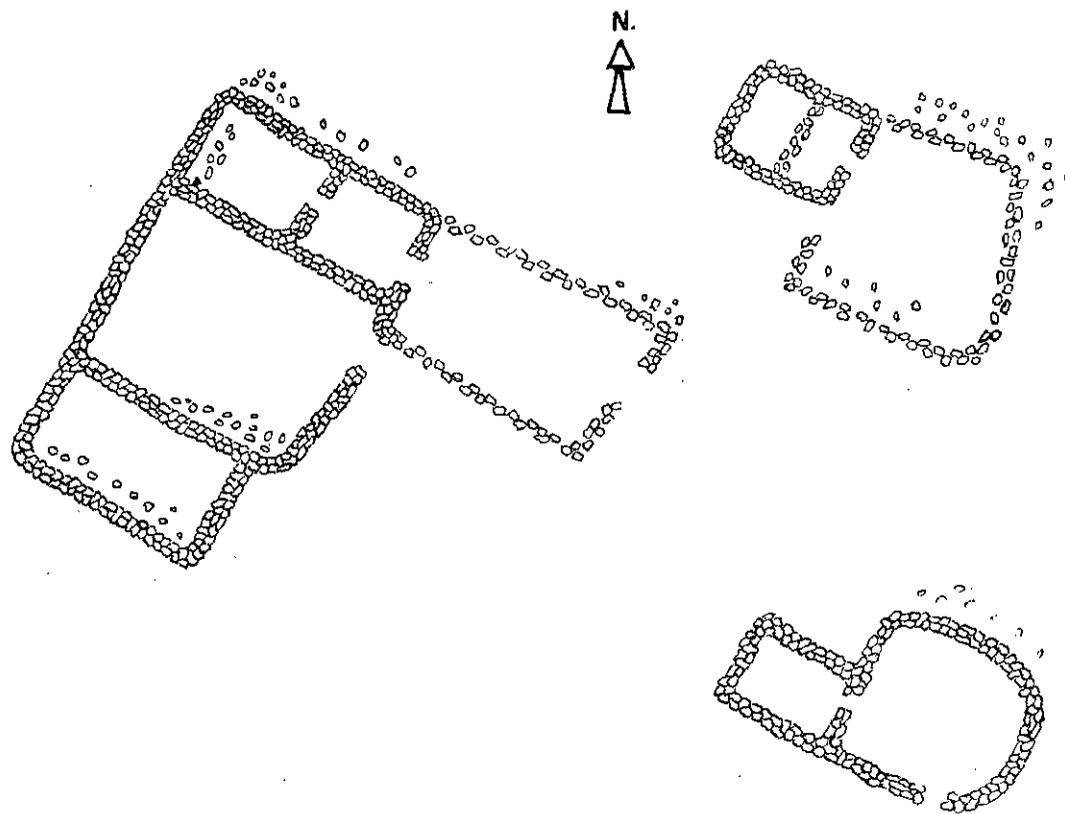


FIG. 11. — Plano del grupo A. Escala (aproximada) 1:250.

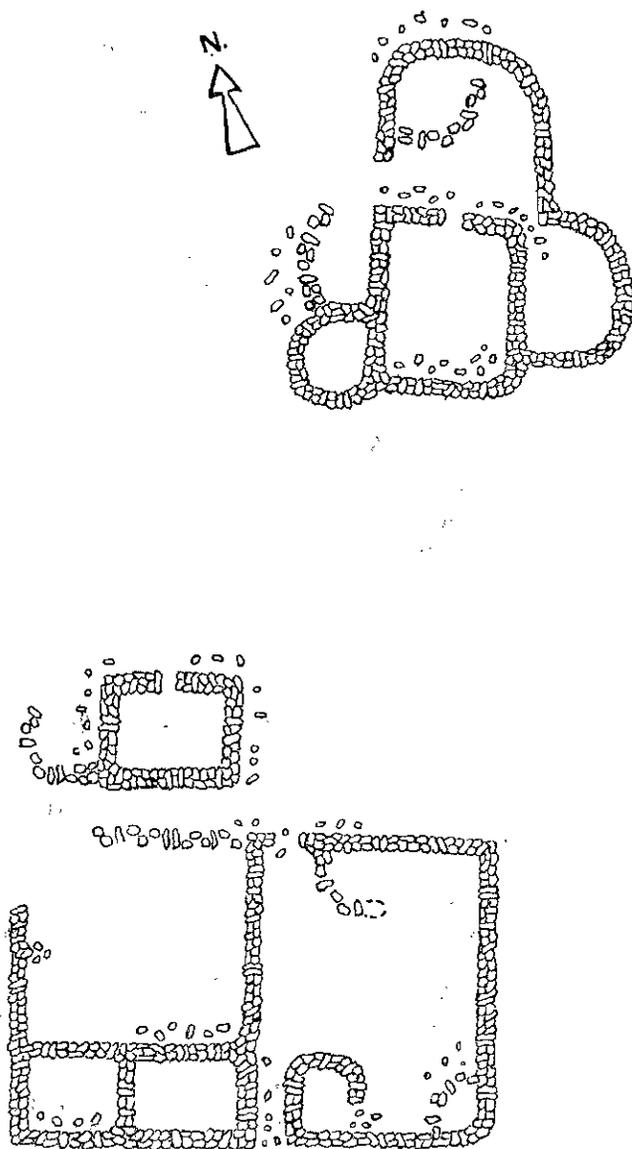


FIG. 12. — Grupo B, sector más oriental (escala aprox.: 1:260).

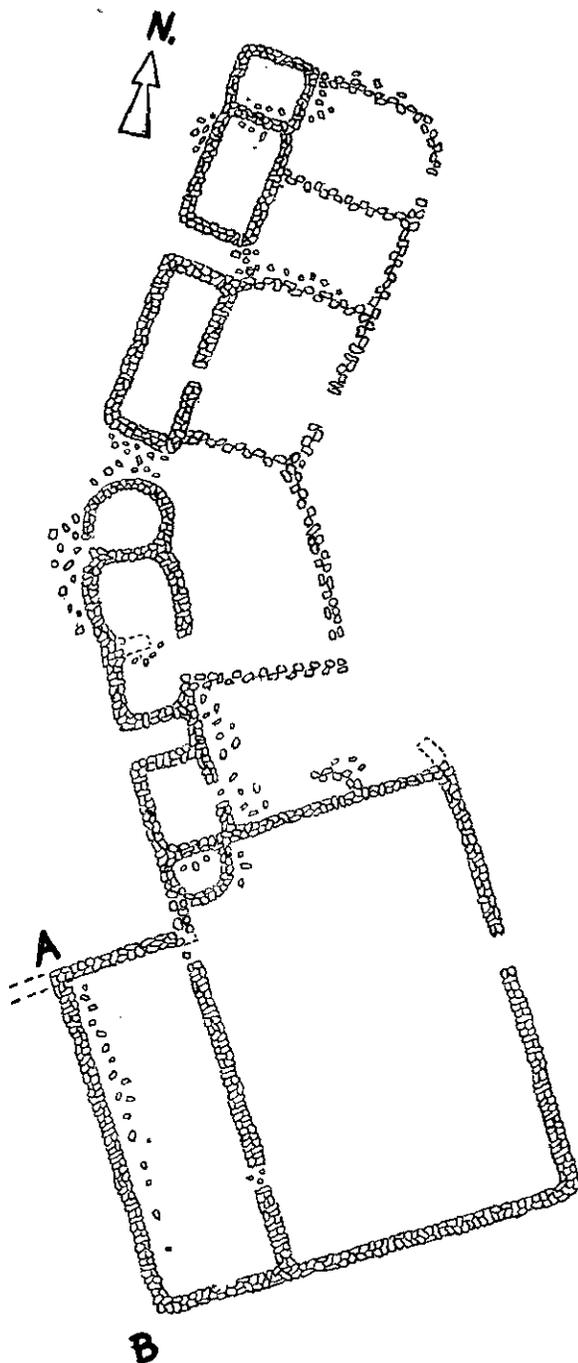


FIG. 13. — Grupo B: sector septentrional de la parte situada más al N.O., al comienzo del faldeo. Escala aprox.: 1:340. (Se continúa en fig. 14.)

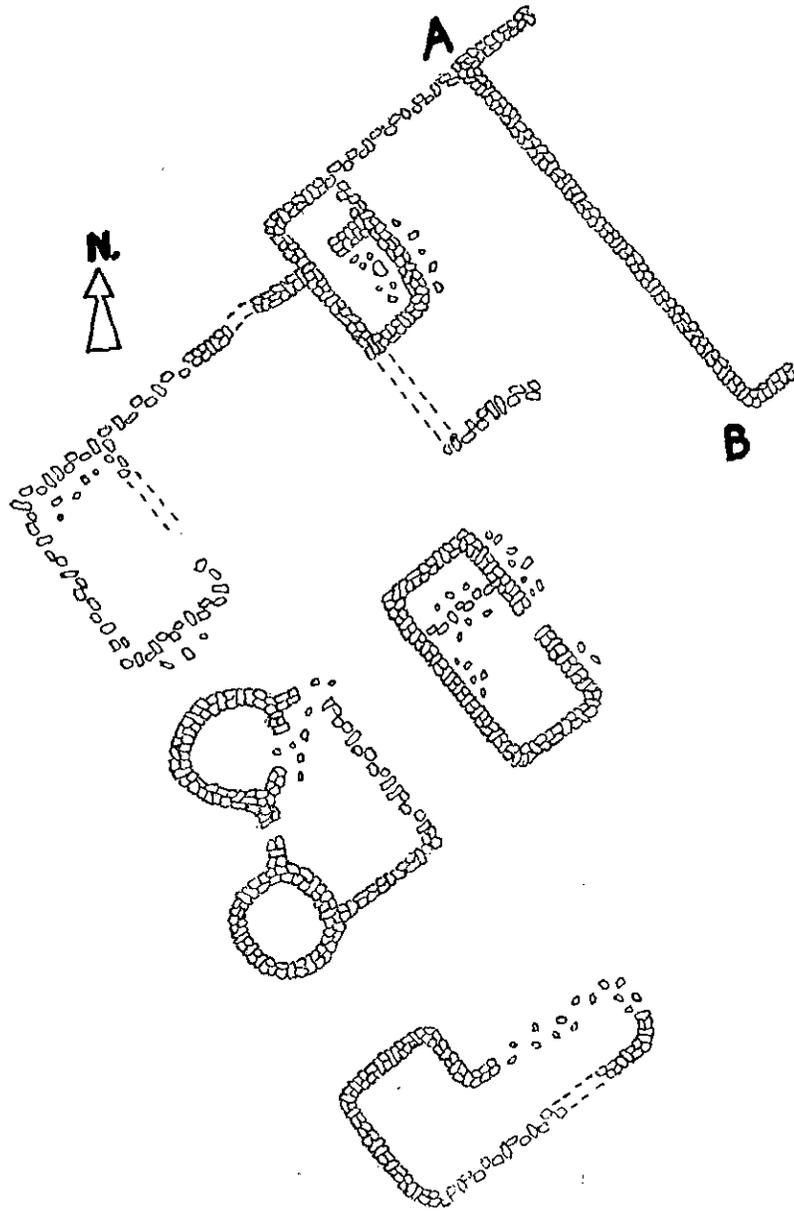


FIG. 14. — Grupo B (continuación), Escala aprox. 1:260.

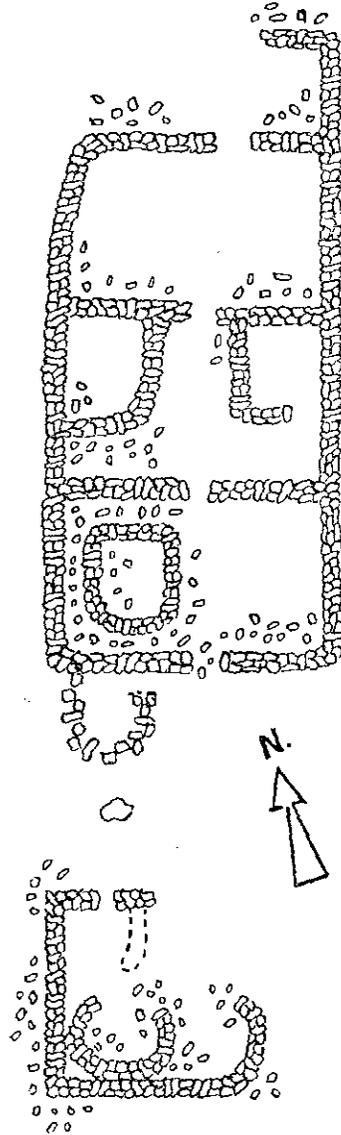


FIG. 15. — Grupo C. Escala aprox. 1:230.



FIG. 16. — Estructura Nº 5 (grupo B.). Al fondo, el sector N.O.



FIG. 17. — Detalle del grupo B (Nº 4).

irregular, dos de ellos con aberturas o puertas de 1,40 m de ancho. En conjunto forma un trapezoide de 7 m (lado N.) por 15,50 (E) x 4,50 (S) x 19 m (frente de las habitaciones).

El segundo sector lo constituyen tres recintos pequeños, de forma en tanto circular, a los que sigue, separado por un pasillo cerrado —tapado por derrumbes— una habitación rectangular bien conservada (fig. 19). Todo este alineamiento tiene 17 m de largo y unos 4 m de ancho; su orientación es distinta a la del sector anterior: tiende hacia el S.E. También hay delante un recinto de paredes algo más bajas, de unos 5,50 m de ancho interno, con puerta en un ángulo.

En estos dos sectores se han encontrado fragmentos de cerámica.

La habitación últimamente citada está adosada al muro de un corral (o "plaza de ceremonias?"), que es la estructura más grande de la tambería (fig. 19). Sus paredes son casi tan gruesas como las de las habitaciones, en su mayor parte bastante bien conservadas. Medidas internas: 12,80 m de ancho por 18,50 de largo. Sobre la esquina adosada a la habitación hay un pequeño recinto picado semicircular. Hay una puerta hacia el N.E., y dos más pequeñas hacia el S.O., por las que hay acceso a otro recinto rectangular más pequeño. Tiene 15 x 5 m de medidas internas. La abundancia de derrumbes hacia el lado S.O. se explica, como en varios otros puntos de la tambería, por tratarse del lado más expuesto al viento y a las aguas arrastradas originadas en las precipitaciones.

El que en conjunto constituye el cuarto y último sector del punto B está adosado al anterior a través de una muralla baja que parte del ángulo Oeste del corral recién descrito, continuando su misma alineación. A 5,50 m comienza una habitación en parte muy derruida, en nivel más alto. Mide 3,50 x 5 m. Hay restos derruidos de un "patio". De su pared posterior parte otra muralla, relativamente alta al principio, que luego ascendiendo en el terreno se une a los restos de una estructura rectangular de unos 4,50 x 8. Más abajo tenemos dos recintos circulares, uno sin puerta visible (diámetros 2,80 x 2 m), unidos por una muralla con abertura; se hallan a nivel más alto que el "patio" adosado (fig. 20). Paralelo a la pirca exterior de éste, tras un pasillo de 3,40 m, se halla otra habitación rectangular de unos 8 x 4, con paredes bien construidas de 50-60 cm de ancho. Una pared baja ha separado en su interior un recinto de sólo 1,20 m de ancho. La puerta que mira al N.E. mide 0,80 m de abertura.

En las cercanías hay restos poco claros de estructuras bajas, de

forma irregular. La mejor construcción es una de 11 m de largo por 5,50 de ancho, con una entrante en uno de sus lados.

Se han encontrado muy pocos fragmentos de cerámica en este sector.

El grupo C (fig. 15) se inicia a unos 80 m al S.S.O. de la Unidad N° 6 (Grupo B, Sector E). Aunque lo integran sólo dos estructuras, la primera de ellas (N° 14) es muy importante pues se trata de un "rectángulo perimetral compuesto" (Madrazo y Ottone- llo 1966, pp. 12, 61-62), de dimensiones y características similares a los que existen en varias "tamberías" de la zona cordillerana cuya descripción se hará en otro trabajo (Schobinger, MS I). Sus lados mayores, aproximadamente paralelos excepto en el sector N., miden —prescindiendo de un pequeño recinto abierto en el ángulo N.E.— 17,50 m de largo, orientándose de N.N.E. a S.S.O. Su lado meridional mide 9,30 m, y el opuesto, por efecto de una entrante del muro occidental, 7,20 m. Ambos lados menores poseen una abertura de 0,80 y 1,20 m respectivamente, que determina una especie de corredor longitudinal por el centro de la estructura (fig. 21). Avanzando desde el norte, tenemos primero un recinto que más que habitación debe haber sido patio, de 4,80 x 7 m interno. Siguen dos recintos adosados al muro exterior; el del lado occidental no muestra haber tenido puerta; sí en cambio el que se halla enfrente, algo más pequeño. Las dimensiones internas son 3,30 x 2,30, y 2,50 x 1,50 m, respectivamente. La puerta entre ambos es de 0,70; el pasaje luego se eusancha. Hay luego un tabique transversal cortado por una puerta de 0,50 m; finalmente, dentro del recinto rectangular del fondo de 8 x 4,60 interno se descubren hacia el costado O. las trazas muy derrumbadas de una pequeña construcción subrectangular de 2,50 x 2 m interno. No está en contacto con los muros exteriores, aunque el estrecho corredor de separación actualmente se halla relleno con piedras caídas.

Adosado exteriormente al muro S.S.O. se observa un recinto semicircular, de muros bajos y aparentemente sin entrada. Mide 2,70 m de diámetro transversal externo, y 2,40 x 1,50 de diámetros internos. A 4 m de su saliencia máxima se abre la última estructura (N° 15).

Esta presenta una forma algo curiosa, de dos recintos abiertos casi en la misma dirección (N.E.). El más externo mide 6,50 m en su pared que sigue la misma línea de una de las del recinto perimetral (N° 14); la pared anterior (N.) mide 3,50 m, con una pequeña



FIG. 18. — Detalle del grupo B.



FIG. 19. — Grupo B: habitación y corral grande.



FIG. 20. — Recintos en el extremo S.O. del grupo B.



FIG. 21. — Grupo C (estructura Nº 14, vista desde el Sur).

puerta central de 0,40; de la misma parte un muro muy bajo que se acerca al recinto interior. El muro posterior mide 6,70 m, formando en su extremo una curva que parece proteger al pequeño recinto interior de 2,20 m de diámetro. Tambiéu esta parte se halla muy derrumbada. Junto a su pared interna alguieu alguna vez cavó un pozo.

Es difícil determinar la funcionalidad de las estructuras del grupo C. No se excluye su carácter cáltico, sugerido no sólo por su disposición sino por la casi inexistencia de fragmentos de cerámica.

La Cerámica.— En los dos días de relevamiento, hemos encontrado 358 fragmentos de cerámica; lo que, para una "tambería" de tipo cordillerano, es una cantidad relativamente grande. Sin embargo parecen corresponder a un número no demasiado alto de vasijas. Una parte proporcionalmente grande —más de la mitad, 194 fragmentos— fue recogido en asociación al grupo A. (De ellos hemos diferenciado 161 fragmentos asociados a la habitación N^o 1, y 33, todos pequeños, recogidos al N. de la estructura N^o 3). Otros se hallan diseminados entre A y B (al N. de la habitación 4, 41 fragmentos pequeños); y el resto, que incluye algunos con mayor variedad de decoración, en el grupo B, más unos pocos en el C (123 fragmentos). Casi todos los tipos se repiten en los tres grupos habitacionales indicados, lo que demuestra la relación y contemporaneidad de éstos, y nos permite estudiar cada tipo en conjunto prescindiendo de la ubicación topográfica de su hallazgo. Agreguemos únicamente que la mayor parte de los fragmentos deben haber sido en mayor o menor grado arrastrados de su lugar original, pues suelen aparecer fuera de los recintos hacia el lado en que se produce el declive (o sea hacia el N. o N.E.). Como podría suponerse, casi toda la cerámica se presenta muy erosionada. Es notable la cantidad de tuestos asociados a la estructura N^o 1, clara seña de que fue abundantemente utilizada como habitación.

Como característica general de la cerámica recogida, puede señalarse su color rojizo, a veces más bien marrón y raramente grisáceo. La pasta es un tanto tosca, casi siempre porosa. El cocimiento ha sido hecho en atmósfera oxidante, y probablemente no en el lugar, por ser un poblado de ocupación temporaria y no existir yacimientos arcillosos en las cercanías.

1) Dentro de la cerámica sin decoración genéricamente llamada *tosca* (de pasta de textura y antiplástico medianos o gruesos, fractura irregular y superficie a lo sumo alisada), de la que hemos re-

cogido 97 fragmentos de textura en su mayoría laminar y/o porosa, podemos diferenciar algunos de leve tono gris o gris-beige y otros (16, todos de la habitación 1) de color beige, tendiendo casi a anaranjado, pequeños, de textura porosa; los demás poseen el color rojizo oscuro ya señalado. Algunos fragmentos presentan en la parte interna un tono grisáceo, por efecto de la cocción. Sin duda, dentro del conjunto de cerámica "tosca" deben hallarse piezas que originalmente tuvieron engobe, luego perdido por erosión.

Dado que la cerámica tosca aún no tiene relevancia como diagnóstico cultural, nos abstendremos de mayores detalles descriptivos. Agreguemos únicamente que entre las piezas recogidas hay la mitad de una enorme asa del tipo "correa" irregular de 60 x 11 mm de sección (con vestigios de alisamiento); el comienzo de otra asa semejante más pequeña (36 x 10); un asa mamelonar sobre borde (probablemente de una olla); cuatro fragmentos de base (no permiten discriminar el tipo); y dos bordes de labios convexos (espesor de paredes, 7 y 8 mm respectivamente). Hay un borde del grupo beige, clasificable como recto de aristas redondeadas, de 9 mm de espesor.

Hay otro grupo de 14 tiestos, algunos pertenecientes a la misma vasija, procedentes de las cercanías de la habitación 1, que se diferencian del anterior conjunto en una pasta algo más fina (un tanto porosa), mejor cocción y mayor dureza, de sonido metálico. El grosor de las paredes oscila entre los 5 y los 7 mm. Hay un borde con cuello; éste es cóncavo y el labio convexo, algo evertido. Una base pudo ser bicóncava o concaviplana, de unos 135 mm de diámetro; la vasija debió tener unos 18-20 cm de altura. La superficie ha sido alisada, aunque permanece porosa al tacto. Del mismo tipo hay el borde convexo de un plato o escudilla (espesor 5 mm). Siete pequeños fragmentos del área entre habitaciones 3 y 4 podrían ser asimilados a este tipo, aunque su superficie se halla mejor alisada.

Aparte de éstos, podemos mencionar 5 fragmentos color rojo amarillento, de textura porosa, que presentan buen alisamiento con dudosos indicios de engobe de igual color.

2) La proporción mayor (170 fragmentos) posee un engobe rojo (o marrón rojizo en unos pocos casos), sin verse otra decoración. Aunque en más de un caso puede tratarse de piezas pertenecientes a vasijas que, en otra parte de su cuerpo, tuvieron la decoración de líneas negras del tipo que comentamos en (3), ya que el engobe y la pasta son similares. Se destacan 12 fragmentos (incluí-

dos un trozo de asa de sección planoconvexa de 27 x 10 mm y dos bordes de labios convexos) con engobe marrón apenas rojizo. En un caso el mismo se presenta también en el lado interno; en otro (uno de los bordes) es interno, teniendo en el lado externo un leve engobe color crema oscuro sobre una superficie bien alisada aunque porosa, que parece haber formado una banda horizontal de 22 mm, insinuándose más abajo otra vez el color marrón.

Dentro de la cerámica roja, podemos diferenciar 135 fragmentos de tamaño con frecuencia grande, de paredes gruesas (6-10 mm), manufactura a veces no tanto descuidada, pasta marrón rojiza muy clara, casi amarillenta, textura porosa, sobre la cual sin embargo después de alisada se ha echado un engobe que parece haber sido parcialmente reabsorbido. Por lo demás, esta cerámica se ve bastante erosionada. Hay un par de bordes convexos levemente evertidos, en un caso con engobe interno (aunque podría tratarse de un plato), y el comienzo de un asa ancha; la mitad de un asa de "correa" (34 x 6 mm en el centro) y el comienzo de una base cóncava.

Otro grupo de cerámica con engobe rojo (dentro del cual incluimos algunos fragmentos de color marrón rojizo), lo constituyen 33 tiestos pequeños y de poco espesor (5-6 mm). Debemos diferenciar aquí los que presentan engobe en ambos lados (10), de aquellos que lo tienen sólo en uno. La pasta de estos últimos no difiere mucho de la de los grupos anteriores; es porosa y el antiplástico, aunque en general fino, es irregular. Hay un fragmento central de asa, de superficie irregular, asimilable al tipo "correa"; ancho 23 mm, espesor 6 mm. Los tiestos mencionados con engobe en ambas superficies pertenecieron seguramente a platos. Se trata del típico "plato Inca", frecuente en las "tamberías" de la zona cordillerana de San Juan, en Ranchillos (Mendoza), en el tambo de Los Mudaderos de Jagüel (La Rioja) (Schobinger, MS I), etc. A pesar de la apariencia más fina de esta cerámica y de mejor pulimento superficial, la pasta no deja de ser porosa y el antiplástico algo irregular. Cinco de esos fragmentos son bordes, de labios rectos aunque con aristas redondeadas; en dos casos hay una pequeña saliencia, una de las cuales presenta una corta incisión.

Existe, además, un fragmento con engobe rojo naranja en su lado externo.

3) 45 fragmentos, de pasta y características semejantes a la engobada roja, presentan sobre dicho color líneas o franjas negras. Salvo dos fragmentos con líneas delgadas (1,5 - 2,5 mm), los demás

muestran —siempre en la parte externa— líneas algo más gruesas de 3,5 a 5,5 mm de ancho, formando decoraciones de trazos paralelos, a veces partiendo oblicuamente de otros supuestamente verticales (figs. 22 y 23), o reticulados oblicuos formando rombos. En otros casos se observa un campo lleno, formando —al parecer— triángulos. La parte negra se presenta menos lustrosa que la parte engobada roja. Hay dos bordes, uno convexo y el otro de labio recto con aristas redondeadas. (El engobe de este último es de color anaranjado-crema). El espesor de los fragmentos oscila entre 6 y 11 mm, lo que indica que se trataba de vasijas más o menos grandes.

A los mencionados agregamos tres fragmentos: uno grueso con la decoración negra sobre rojo en ambos lados, y dos con esta decoración en un lado y el engobe rojo solo en el otro. Uno de ellos es un borde convexo, algo evertido, al parecer de un plato o escudilla.

A este tipo corresponden los tres fragmentos ilustrados por Rohmeder en la fig. 1 (p. 117) de su artículo de 1941. Lo mismo puede decirse de los que publica Boman en su figura 4, que reproducimos por tratarse de una publicación poco accesible (fig. 22 b). Los encontró Kühn en el interior de una construcción rectangular, y corresponden a una vasija en forma de gran botella ventruda con cuello ancho (Boman 1920, p. 35).

4) Negro sobre crema. Tres fragmentos recogidos en el grupo de habitaciones B, con las mismas características de pasta de (3), presentan líneas oscuras formando reticulados romboidales sobre fondo crema o ante claro. El espesor de las paredes es de 6 mm. (Podrían, sin duda, haber formado parte de vasijas del tipo siguiente).

5) Negro y rojo sobre crema. Es interesante la existencia de esta cerámica tricolor, representada por 10 fragmentos recogidos en el sector B. A pesar de ese detalle artísticamente avanzado, la pasta tiene las mismas características de textura, antiplástico, grosor de paredes, etc. de los grupos cerámicos 2, 3 y 4. Hay ocho con la decoración sólo en el lado externo; ésta se presenta como una base consistente en un delgado engobe color crema más o menos alterado por la erosión y la intemperie (a lo que se agrega la porosidad de la pasta). Sobre la misma se han trazado, primero, franjas o, en algún caso, una figura romboidal llena, de color rojo. Luego hay líneas negras similares a las de los grupos 3 y 4, al lado y a veces superpuestas a las rojas. Se distinguen motivos reticulados oblicuos,

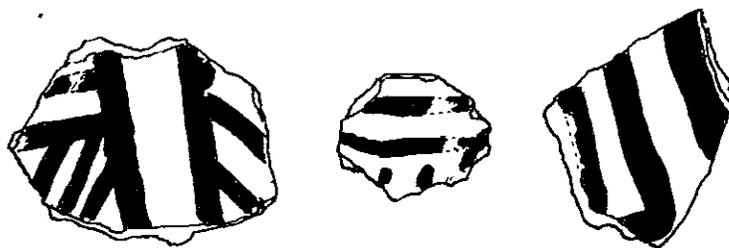


FIG. 22 a. — Fragmentos de cerámica negro sobre rojo (3/4 tam. nat.).

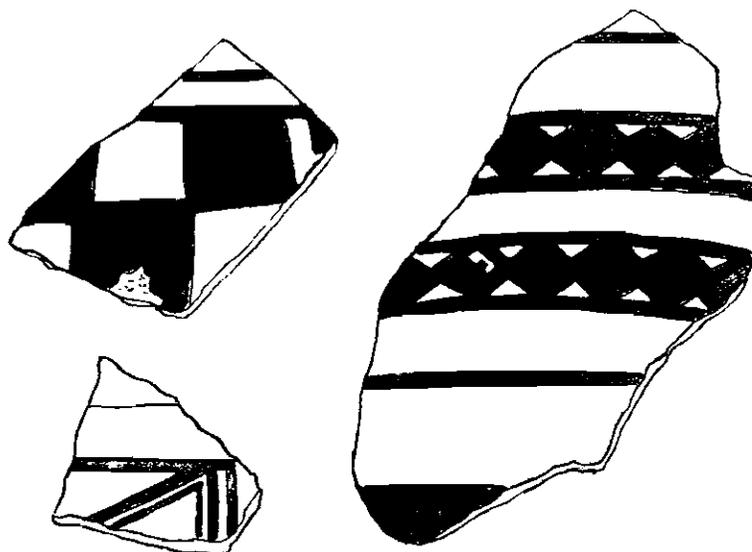


FIG. 22 b. — Fragmentos negro sobre rojo (redibujado según Boman, 1920, fig. 4)
Probablemente unos 2/3 tam. nat.

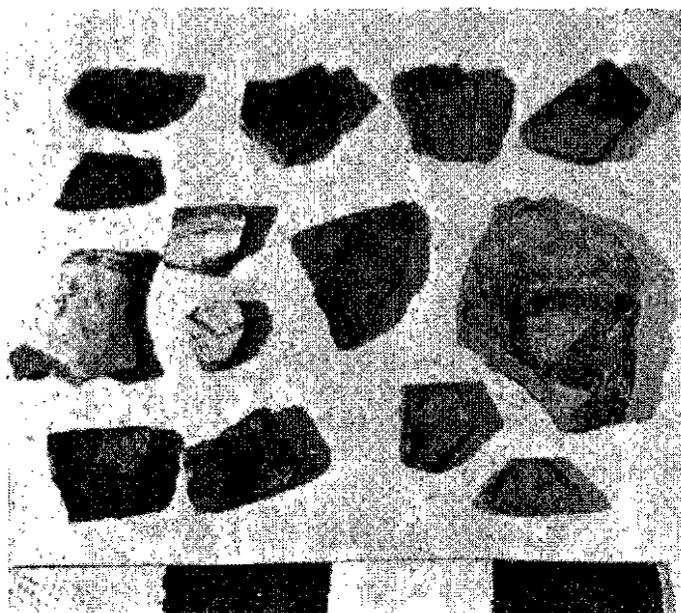


FIG. 23. — Fragmentos de cerámica con decoración pintada, de la Tambería de la Pampa Real.

y rombos llenos alineados (fig. 23). La ejecución de los motivos es algo descuidada.

Dos otros fragmentos, en los que se alcanza a ver el borde, presentan decoración externa e interna. Uno es convexo evertido, y podría pertenecer a un aríbalo grande; tiene la parte superior del labio pintada de negro, continuando 8 mm por el lado interno en forma de franja horizontal. Sigue luego una franja de rojo tenue de 28 mm de ancho. El otro tiesto tiene el borde recto; se halla muy erosionado.

6) Finalmente, hay tres fragmentos también procedentes del sector B, que muestran otro motivo que aparece en los yacimientos incaicos: rojo, negro y blanco, este último como color de fondo obtenido por un engobe bien distinguible. El antiplástico es irregular, distribución más o menos uniforme, mediano; la textura es mediana, levemente porosa, fractura irregular como en los casos anteriores. El núcleo presenta color negro en el centro, y marrón rojizo en su periferia, efecto de la cocción. Distinguimos un fragmento de cuello estrecho evertido probablemente de aríbalo, espesor 6 mm con el

engobe blanco en su superficie externa y una línea negra de 4 mm de ancho trazada horizontalmente; un pequeño fragmento muy plano de 6 mm de grosor, con indicios apenas distinguibles en su superficie externa (?) de color rojo. En la interna hay líneas negras de unos 2 mm de ancho que determinan una figura geométrica. El tercero es el borde de un plato, con labio recto de aristas redondeadas, levemente ensanchado. Hay engobe rojo en la superficie externa, y blanco en la interna con una línea negra horizontal (bastante borrada).

Hay otro borde similar, de pasta algo porosa pero más homogénea, color marrón-gris, bien alisado en ambas superficies. En la externa hay trazas de engobe rojizo; en la interna lo ha perdido.

Cuadro 1: Fragmentos de cerámica de la Tambería de la Pampa Real.

1)	Tosca (rojiza y beige)	97	
1')	Id. algo más fina	14	
1")	Id. superficie más alisada	7	
1''')	Id. alisada rojo-amarillento	5	
	Total sin decoración		123
2)	Con engobe rojo (o marrón rojizo) en un solo lado, algo gruesa	196	
2')	Con engobe rojo en un solo lado, delgada	23	
2")	Id. en ambos lados (platos)	10	
2''')	Con engobe rojo-naranja (externo)	1	
	Total con engobe solo		170
3)	Negro sobre rojo	45	
3')	Id., con variantes	3	
4)	Negro sobre crema	3	
5)	Negro y rojo sobre crema	10	
6)	Negro y rojo sobre blanco	3	
6')	Similar, con pintura perdida (?)	1	
	Total con decoración pintada		65
	T O T A L		358

Otros objetos.— Hemos recogido una sola pieza lítica. Se trata de una lasca tosca hecha en basalto no compacto, de fractura irregular. Su borde distal, extendido lateralmente, se presenta denticulado, con muescas artificiales obtenidas al parecer por percusión. Se hallan un tanto gastadas por el uso (cuchillo o sierra). Este instrumento pudo estar enmangado. Altura de la lasca 30 mm, ancho (longitud del filo) 50 mm, espesor 8 mm.

Cerca de la habitación 1 se halló un fragmento de hueso largo, endurecido y emblanquecido por la interperie, con bordes redondeados. Parece ser antiguo, pero no hay medios de comprobar si formaba parte de un utensilio.

Real Viejo.— “Según referencias de los actuales moradores de



FIG. 24. — Recintos pircados a 4200 m. (Foto E. Grach.)

los puestos vecinos, existen otras Tamberías en la región de origen del río Marco, en el Real Viejo donde, según ellos, hay también socavones abiertos en la roca" (Rohmeder, 1941, p. 116). Nuestros baqueanos también decían que allí hay una "cueva". Ante estos datos, le fue encomendada al prof. Sacchero la realización de una visita a dicho lugar. Desgraciadamente, la exploración fue infructuosa: no se hallaron ruinas y la cueva es un socavón sin ningún indicio arqueológico.

Habitaciones a 4200 m.— En cambio, los colaboradores andinistas de la expedición de noviembre tuvieron más fortuna. En su ruta de ascensión al Negro Overo —cerro que se divisa al fondo del valle— descubrieron, primero, dos recintos pircados similares a los de la tambería, sobre las primeras estribaciones del lado Sur del río Volcancito. Uno, de paredes altas y bastante bien conservadas (por reutilizaciones modernas?), es de forma aproximadamente rectangular, unos 3 x 4 m, con puerta hacia el S.E. El otro está más arriba, sobre una pequeña saliente de la ladera, en ubicación apta para servir de mirador o "vichadero". Sus paredes se hallan bastante derruidas (fig. 24).

En la habitación baja recogióse un fragmento de cerámica. Consiste en la tercera parte de una base meniscoconvexa, probablemente de 10 cm de diámetro. El grosor es de 12 mm. El color y la pasta corresponden al grupo (1) del material de la tambería (tosca, color marrón rojizo).

Es interesante consignar que Rohmeder (1949, p. 89) observó un largo terraplén pétreo (que él llama "pedraplén") de unos 100 m de largo, "dentro del amplio circo glaciárico que baja desde el Nevado Overo hacia la Pampa de las Tamberías, en una altura de 4500 m aproximadamente" (Rohmeder, 1949, p. 89). No fue visto este sitio por quedar seguramente más abajo y más al O. del itinerario de ascensión de los andinistas. Exploraciones futuras podrían determinar si —como lo creo— forma parte de la ruta prehispánica de ascensión al sitio ceremonial del cerro. (Y no, como creía Rohmeder, camino que conducía al sitio de explotación de vetas metalíferas).

Habitaciones a 5500 m.— Así como hoy día los andinistas necesitan de un "campamento de ataque" para la llegada a las altas cumbres, así los antiguos construían pircas de refugio —sin excluir también un significado ceremonial— en alturas inhóspitas al pie de sus ofrendatorios de altura. Esto es lo que descubrieron los señores Groch y Rázquin, mientras luchaban con un fuerte viento que casi malogró esta ascensión. A unos 5500 m (según altímetro y estimación visual directa), teniendo hacia el Poniente el "morro" de la cumbre, encontraron un conjunto alineado de 5 recintos más o menos cuadrangulares, presentando casi todos sus aberturas de entrada hacia el Oeste. El recinto más grande mide 9 x 5 m, y es el único con puerta mirando hacia el Sur. En la figura 25 presentamos un plano según el croquis efectuado por el Sr. Rázquin, que aunque aproximado es de gran valor documental. (Ver también foto fig. 26). No se halló cerámica pero sí un leño de 40 cm de largo con la punta carbonizada (fig. 31).

Ofrendatorio de la cumbre.— En la introducción hemos mencionado a la estructura cuadrangular ubicada en la misma cumbre del Negro Overo (6050 m). Sobre el piso constituido por piedras pequeñas desmenuzadas, se colocaron piedras más grandes traídas de las cercanías (lajas y bloques de aristas filosas), formándose un recinto bajo de unos 7 x 7 m de dimensiones externas, con los lados orientados según los puntos cardinales (figs. 27-30). Hacia el lado Norte

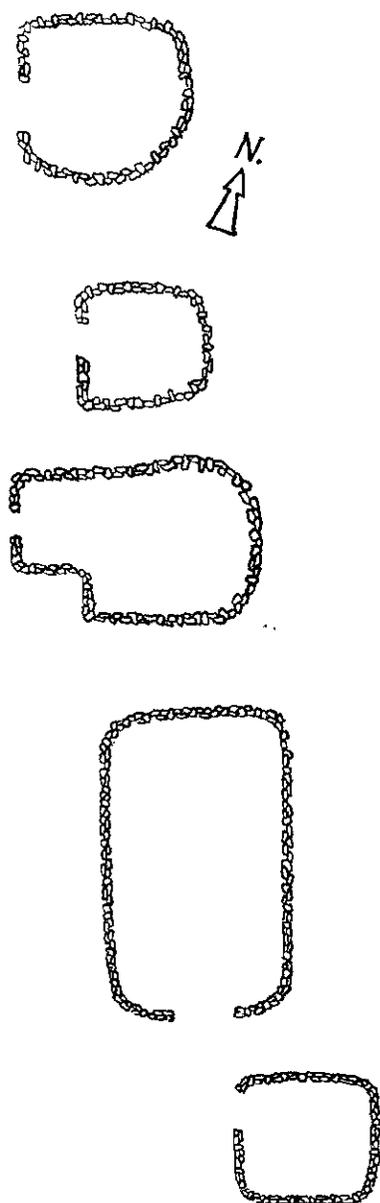


FIG. 25. — Croquis aproximado (según apuntes de B. Razquín) de los recintos pircados a 5500 m (el segundo desde abajo mide 9 x 5 m).

debió haber sido algo más alta, presentando aspecto derrumbado; el lado Sur tiene mucho menos cantidad de piedras, pero ello se explica: Harrington tomó de allí el material para el mojón que construyó a su lado, destinado —según vieja práctica montañística— a señalar la cumbre y contener los documentos probatorios de su ascensión.⁷

También aquí encontramos un grueso leño carbonizado (género *Prosopis*, algarrobo), testimonio de que —como en otros yacimientos de altura— aquí alguna vez se encendieron fogatas (fig. 31). Pero el hallazgo más importante lo constituyeron las astas de ciervo diseminadas sobre el suelo, sobre todo hacia el sector E. del cuadrángulo pircado. Ya las observó Harrington, y seguramente recogió algunas, cuyo paradero se ha perdido; otras lo fueron por Groch en 1960, de las que se conservan dos; una alcanzó a ser levantada por nosotros en nuestra azarosa primera expedición del mes de julio; y otra finalmente por Rázquiu en la segunda. Se hallan blanqueadas y endurecidas por la intemperie de casi 500 años (ver fig. 32). Pertenecen a un cérvido de tipo andino, probablemente *Hippocamelus antisensis* (huemul del norte).⁸ No se hallaron otras partes óseas del animal, indicio de que fueron traídas ya cortadas desde abajo. Una presenta la base aguzada intencionalmente.⁹

Tampoco se hallaron otros elementos culturales, ni hay indicios de algún pozo con enterratorio. Se trata, pues, de un sencillo "ofrendatorio", pero con el mismo significado profundo de otros sitios ceremoniales de altura de carácter más espectacular (ver Schobinger, 1966, y Vázquez, 1966).

7 He aquí el texto completo de lo que escribí en 1941, en un papel que se guarda en el Club Andino Mercedario de San Juan, tras haber sido recogido por Erico Groch en su ascensión del 22 de noviembre de 1960: "Noviembre 27-1941. A las 12 horas llegamos a la cumbre del Negro Overo, habiendo salido a las 7,30 h. de Tamberías. Comimos una lata de lengüitas Swift y dejamos este papel firmado por los tres, dentro de la lata y bajo un mojón hecho *ex-profeso*. Dr. Horacio J. Harrington, Eusebio Gaitán, Eladio Gaitán. (Hay firmas). En la cumbre había un corral de indios, varias astas de venados, rodados de arenisca (y) fragmentos de leña de retamo. Evidentemente ningún blanco lo había subido". (Hay una firma de H. Harrington).

8 Según los manuales clásicos de geografía argentina, el huemul del norte no llega más al sur de la provincia de Catamarca (GAEA, Geografía de la República Argentina, t. VIII, Buenos Aires 1947, p. 429; La Argentina, Suma de Geografía, t. III, Buenos Aires 1958, p. 324). Sin embargo, nos dijeron los baqueanos que estos cérvidos aún existen esporádicamente al pie y en las faldas nor-orientales del Famatina.

9 Presenta una lejana coincidencia con la realidad la leyenda relatada a Rohmeder de que en la cumbre del Negro Overo "existe una laguna con animales que vivían en épocas anteriores" (Rohmeder, 1941, 120).

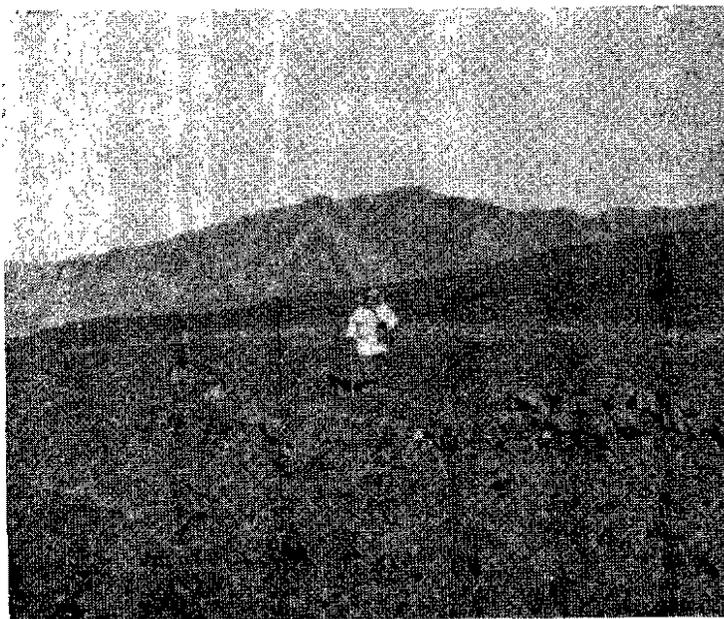


FIG. 26. — Uno de los recintos a 5500 m. (Foto E. Groch.)

Hacia el Sur se divisa la hermosa cumbre del Nevado (llamada también de "La Mejicana", o Cerro Manuel Belgrano, aunque éste nombre no ha encontrado aceptación entre lugareños ni andinistas). Debe consignarse aquí otro interesante descubrimiento realizado por Erico Groch en su ascensión de dicha cima: en un sitio algo desviado hacia el oeste, observó un círculo formado por lajas, de unos 2 m de diámetro. Un templete votivo?

Desde estas cumbres se divisa a lo lejos la Cordillera de los Andes. Casi a la misma latitud se levanta el Cerro El Toro, que el Sr. Groch proyectaba escalar un mes y medio después de nuestra segunda expedición al Famatina. Con la consecuencia ya ampliamente conocida del descubrimiento de uno de los más importantes y mejor documentados yacimientos arqueológicos de alta cordillera (Schobinger et. al. 1966).

B) SECTOR OCCIDENTAL DE LA SIERRA DE FAMATINA

Presentamos aquí la documentación recogida a lo largo del que hemos llamado itinerario incaico principal, esta vez en la vertiente

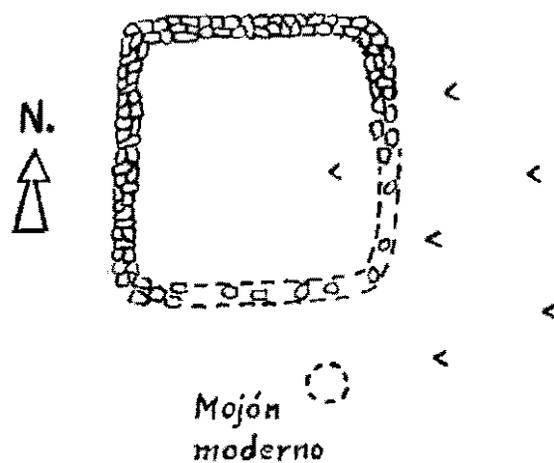


FIG. 27. — El recinto pircado de la cumbre del Negro Overo (6050 m), de 7 x 7 m de lado.
(Croquis J. Schobinger.) Las líneas quebradas simbolizan a las astas de cérvido.



FIG. 28. — Angulo N.O. del recinto ("ofrendatario") de la cumbre del Negro Overo.
(Foto E. Groch.)



FIG. 29. — Otro vista del ángulo N.O. Al fondo, el mojón moderno.
(Foto E. Groch.)



FIG. 30. — Vista de la pared Norte del ofrendatorio. Al fondo, el Nevado del Fomatina.
(Foto E. Groch.)

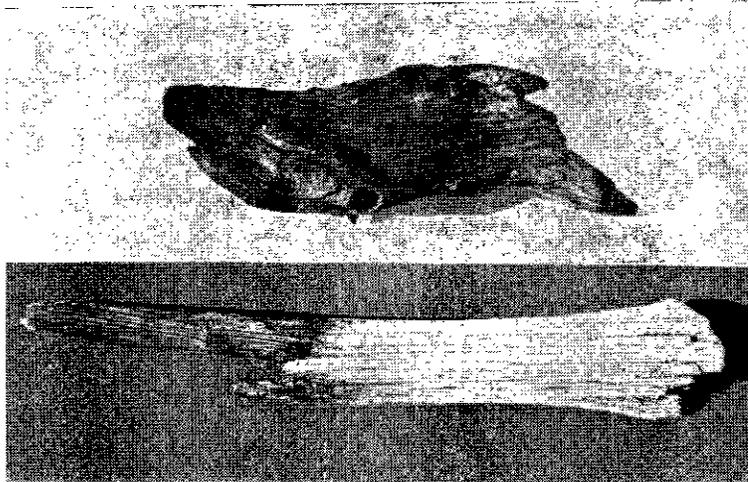


FIG. 31. — Leños quemados del Negro Overo: arriba, de la cumbre; abajo, de los recintos a 5500 m.



FIG. 32. — Astas de cérvido de la cumbre del Negro Overo (subdivisiones de la escala, 5 centímetros).

occidental de la sierra, con lo que se complementa e ilustra parte de lo dado a conocer por el meritorio investigador Rohmeder en 1949. Lo haremos en el orden de "subida" desde el valle de Vinchina, de acuerdo con el itinerario de nuestra primera expedición. (Recordemos que el objetivo de ésta era la ascensión al cerro Negro Overo, y por lo tanto no pudo realizarse un estudio sistemático de los yacimientos situados sobre esta vertiente más abajo. Esta parte de la presente monografía tiene así más bien carácter de informe preliminar).

Hileras de piedras y petroglifos en el valle.— De Vinchina hasta el puesto Las Pircas ("Pirquitas" lo llamaban veinte años atrás) hay una distancia de unos 30 Km en que se produce un paulatino ascenso de 1000 metros. Hacia la mitad de camiuo, una parte del trayecto sobre el amplio y pedregoso cono de deyección se realiza sobre un camino de 4 m de ancho que enfila rectamente hacia el E.S.E., bordeado de piedras. Según los baqueanos, es de hechura moderna (en un tiempo se intentó en Las Pircas la explotación de una mina de carbón); pero como en tantos otros casos, puede tratarse de un reacondicionamiento de algo que fue senda prehispánica. Refuerza esta idea nuestro descubrimiento de una triple hilera de grandes rodados graníticos, cuyo color claro se destaca en el suelo, orientada de N.O. a S.E., que cerca de su centro es cruzada perpendicularmente por el camino (fig. 33). Mide 18 m hacia el costado N.O., y 15 m hacia el otro. Las hileras son un tanto irregulares. Por sus características y la inexistencia de cerámica u otros vestigios habitacionales en la zona, esta obra debe ser considerada como de significación simbólica-ceremonial, de un modo similar al de las apachetas. En probable asociación con ella, una roca situada unos 100 metros más arriba sobre el costado sur del camino, presenta un petroglifo consistente en trazos irregulares (fig. 34). Su cara grabada mira hacia el Oeste, o sea hacia el sector Norte del alineamiento. Unos 500 m más arriba, una roca partida muestra otro petroglifo sencillo, consistente en un dibujo curvilíneo cerrado de 15 cm de largo. (Cerca hay un "petroglifo" moderno). Finalmente, algo más adelante divisamos unos 25 m a la izquierda del camino un pequeño túmulo de piedras graníticas color claro. Todo ello sugiere, repito, asociación a una senda que no puede ser sino el "camino del Inca", uno de los ramales que partían del "tambillo" de Las Pircas que enseguida comentaremos. (El otro ramal iba en dirección S. O., pasando



FIG. 33. — Alineamiento de piedras en el camino a Las Pirchas.

cerca del pie del “Cerro del Toro”, donde fue identificado por Rohmeder (1949, p. 87).¹⁰ Después seguía hacia el sur atravesando el “planchón” (glacis) al E. de Villa Castelli, pasaba luego probablemente cerca de Anchumbil —cuyas pictografías podrían datar de la época incaica—, llegando hasta “Las Canchas” entre Puerto Alegre y Pagancillo. Desde aquí debía partir una senda hacia Chilecito,

¹⁰ Las ruinas del Rincón del Toro de cuyo sector bajo dio noticia preliminar Francisco de Aparicio (1940 b) no son, sin embargo, incaicas, ni siquiera tardías. Corresponden según las asociaciones de cerámica observadas por nosotros junto con el prof. Nicolás de la Fuente en una gira efectuada en abril de 1965, a una fase o metástasis de la cultura de La Aguada. Lo mismo respecto a un notable reducto situado en la parte alta del Cerro, descubierto por el Ing. W. Lorentz y prospectado por nosotros en la citada gira.



FIG. 34. — Petraglifo cercano al alineamiento.

mientras que la línea principal se dirigía hacia el S.O., en donde se halla el importante *tambo* de Paso del Lámar sobre el río Bermejo, cuyo relevamiento preliminar hemos realizado (Schobinger, 1964).

El antes mencionado ramal septentrional por el que hemos transitado no parece haberse dirigido a Vinchina —en donde no hay rastros de ocupación Inca— sino algo más al sur. Todo lleva a pensar que desde allí continuaba hacia el O.N.O., para llegar al gran poblado incaico de Los Mudaderos al oeste de Jagüel (descubierto por N. de la Fuente y relevado por el que escribe a principios de 1966).

Zona de Las Pircas.— Entrando a la quebrada del río Tambillos, observamos las primeras estructuras de sostén del camino incaico, en forma coincidente con la descripción de Rohmeder (1949, p. 87).

Poco antes de llegar al caserío —en parte abandonado—, los vestigios aquí muy borrados indican que el camino seguía por la margen N.O. de un cauce hoy seco. Mil metros más arriba, siempre

con rumbo N.E., reaparece con toda claridad el camino sostenido por piedras según la descripción del autor citado.

Sobre la alta terraza que cae a pique sobre el río Tambillos (en realidad, se trata de un glacis cortado por éste), que aquí oscila por los 2500 m de altura s.n.d.m., observamos los siguientes elementos arqueológicos:

1) A unos 300 m al O. de la casa ocupada (en 1963) por la familia Arancibia, está la doble hilera de piedras a lo largo de la senda actual que ya observara Rohmeder; pero además, existe a su lado un círculo de piedras de 15 m de diámetro (fig. 35). Tangente al mismo parte una vieja canaleta, que cruza el camino y atraviesa la meseta pedregosa hasta desembocar en otra canaleta longitudinal, paralela al cauce sobre cuyo otro borde corría el "camino real". A unos 70 m más arriba corre otra paralela a la primera, aunque formando una curva en su parte central, y otra similar a la misma distancia más abajo, también topándose con la canaleta longitudinal, que unos metros más abajo se pierde. Antes de interpretar a esto sin más como un sistema de acequias prehispánico, debemos tener en cuenta que veinte años atrás Rohmeder recogió el dato de que "en años anteriores la superficie de la plataforma se utilizaba para cultivar maíz y alfalfa y la regaba una acequia que levantaba agua de un arroyo algo distante; aunque la acequia subsista, el cultivo se ha abandonado" (1949, p. 89). Sin embargo, en aquel entonces el puesto se hallaba ubicado al lado de las ruinas hoy llamadas "del Bajo", a unos 600 metros de nuestro sitio, y el autor habla del lugar ocupado por aquél. Por lo tanto, cabe mantener la opinión de un origen prehispánico de esas acequias, asociadas a un sitio ceremonial como lo es obviamente la circunferencia de piedras.

2) Bajando unos 300 m por la senda, cerca de una curva de la misma, hay un recinto habitacional pircado, rectangular (diámetros externos 6 x 4,50 m), con un muro bajo de subdivisión en su parte central. A su lado observamos tres buenos ejemplares de piedras de moler (conanas) partidas. Recogieronse algunos fragmentos de cerámica. Se trata de una avanzada del "tambillo" del Bajo, situado a unos 300 m más al sur, para cuyo relevamiento desgraciadamente nos flató tiempo. El geógrafo varias veces citado dice que "consta de cuatro piezas de pirca, de contornos rectangulares y de dimensiones 5 x 5, 6 x 3, 6 x 3 y 4 x 2 m. Los muros tienen en la actualidad una altura de 0,50 m en la parte interior y de 100 cm en la parte exterior. Están levantadas con piedras rodadas del lugar, de

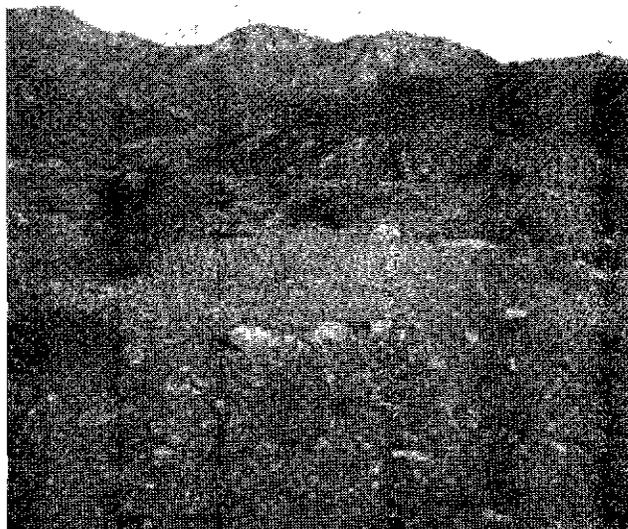


FIG. 35. — Círculo de piedras en Las Pircas.

volumen grande en las partes externas e internas de los muros y con los intersticios rellenos con pedregullo más pequeño” (op. cit., pp. 87-89). Su carácter incaico nos fue confirmado por un hermoso fragmento de cerámica de unos 5 mm de espesor, con engobe color ante, pintado en rojo oscuro (o negro rojizo) con un típico motivo de gran aríbalo, que la familia Arancibia había guardado y recortado circularmente (fig. 36. Cfr. Strong y Corbett, 1943, fig. 7 a, p. 51; Pardo, 1939, lám. 1; Bregante, 1926, figs. 319, 340; etc.).

Las dos muestras de cerámica recogidas tienen un espesor de 5 y 6,5 mm respectivamente, pasta de color marrón claro, textura compacta (levemente porosa), antiplástico mediano; la superficie es marrón algo rojiza, dura, pulimentada, sin decoración. Cocción oxidante. Es de un tipo distinto a la cerámica de la Pampa Real.

3) A unos 100 m al sur de la habitación aislada del sitio anterior, cerca de lo que parecen trazas de un camino indígena, hay un petroglifo sobre una pequeña roca (fig. 37). Parece tratarse de una “máscara” atípica o degenerada (Schobinger, 1962), lo que sugiere un período tardío. No hay inconveniente en asociarlo al

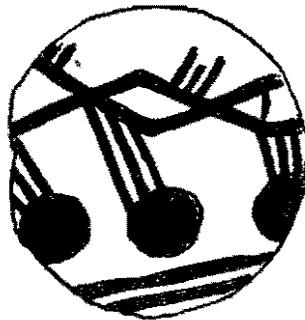


FIG. 36 — Fragmento de cerámica con decoración incaica. Las Pirras. (Tam. natural)

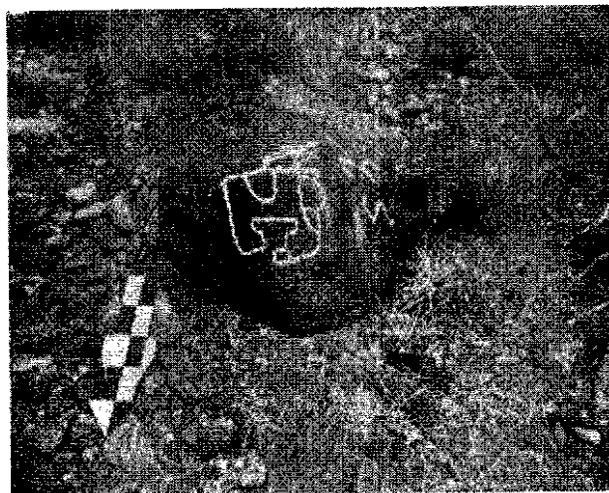


FIG. 37. — Petroglifa. Las Pirras (la señal mide 25 cm).

yacimiento incaico. En las inmediaciones se recogieron algunas piezas líticas. Son tres: a) Gran lasca terminada en punta; uno de los bordes es filoso; parcialmente con retoques a presión (cuchillo o raderera). b) Lasca o lámina, de calcedonia marrón-gris; uno de sus bordes, levemente cóncavo, presenta pequeños retoques y trazas de uso. c) Pequeño lito de forma romboidal ancha, espesa, con trabajo unifacial en una cara y marginal en el reverso; hecho en calcedonia anaranjada. Aristas algo redondeadas por la intemperie. Aunque po-

dría ser un raspador, la considero una punta de flecha atípica o sin terminar. (24 x 20 x 7 mm).

Las primeras dos piezas podrían no corresponder al período tardío, sino al complejo precerámico cuyo taller descubrimos en la misma zona (ver párrafo 5).

4) A unos 500 m al norte de la casa de Arancibia reaparece el camino, iniciando —con inclinación suave aún— la “Cuesta del Inca”. Con el Sr. Groch observamos y fotografiamos los notables detalles del sostén pétreo en la falda del lomaje por la que fue trazada esta obra de ingeniería precolombina (figs. 38 y 39). Para mayores detalles descriptivos, y para el conocimiento de su tramo superior hasta su altura máxima en el Portezuelo del Tocino, remitimos al trabajo citado de Rohmeder (1949).

Según se nos informó, habría otros petroglifos en esa dirección, pero no los localizamos.

5) Unos 300 m más arriba de la casa de Arancibia hay otro puesto, y pasando 200 m más se halla un corral que se apoya en unas formaciones de arenisca en las que afloran nódulos de sílex. Esto favoreció la instalación de un taller de cazadores precerámicos que localizamos hacia el otro lado de dichas formaciones. Se recogieron, además de lascas y desechos, raspadores y buenas puntas lanceoladas, que en conjunto sugieren una fase ayampitinoide tardía. Este material será dado a conocer junto con el de otros sitios precerámicos de altura, en un trabajo aparte.

6) Finalmente, mencionemos un ceramio adquirido a un antiguo poblador de Las Pircas: un “vaso-pato” de superficie no pulimentada pero de buena forma y conservación (fig. 40). Habría sido hallado cerca del Camino del Inca en el puesto “El Durazno”, más arriba de Las Pircas. En realidad, dado que Rohmeder no lo menciona y no se halla en los planos y mapas disponibles, este sitio probablemente no se encuentra sobre el itinerario incaico principal, sino que debe tratarse de un caserío situado en la falda oriental de la Sierra a unos 25 km al N. del Portezuelo del Tocino (según mapa del I.G.M.).

Queda la duda acerca del contexto en que se debe ubicar a esta pieza. Si datara de la época incaica, representaría una supervivencia de un elemento ya conocido 1000 años antes en el área central del N.O. argentino (El Alamito), pero ello no es de ningún modo seguro.



FIG. 38.— El camino del Inca en el comienzo de la cuesta.
Puede verse la estructura de sostén de piedras.

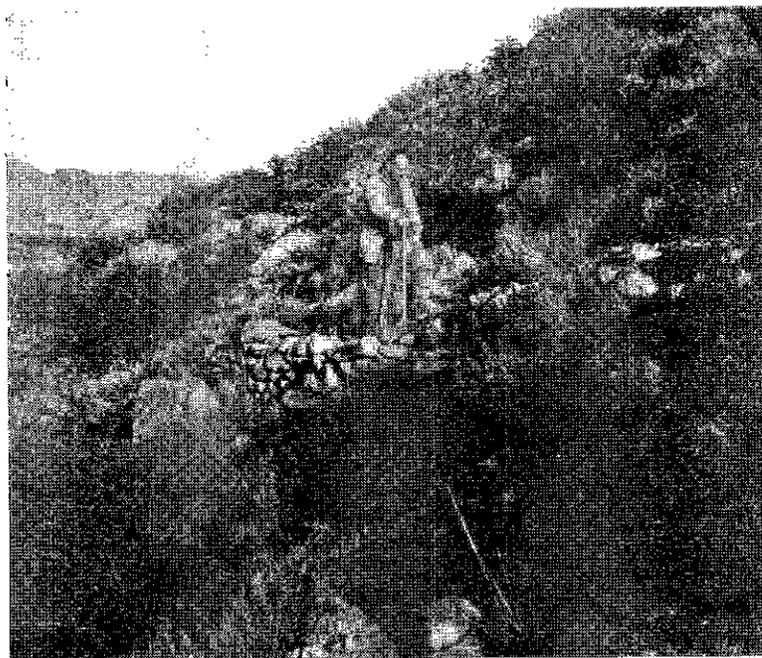


FIG. 39.— Otra vista del camino incaico en la zona de Las Pircas.

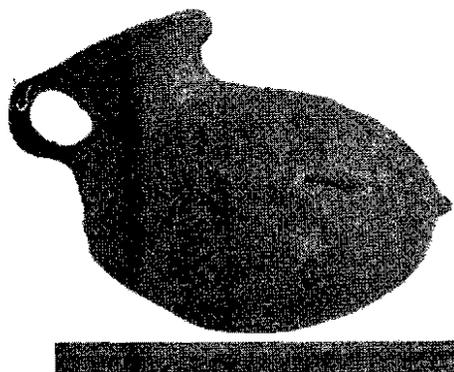


FIG. 40. — "Vaso-palo", Puesto El Durazno.

C) COMENTARIO FINAL

Rohmeder termina su trabajo sobre el "camino de cuesta prehispánico" diciendo: "Se puede afirmar que el "Camino del Inca", sobre la parte septentrional de la Sierra de Famatina, entre los valles de Vinchina y de Famatina-Corrales, con sus partes en los llanos adyacentes, es la sección intermedia entre los dos carriles comprobados al nordeste y al sudoeste de la sierra de Famatina, y que este camino sobre las Cuestas del Inca y del Tocino es un eslabón que puede incluirse en la reconstrucción de la red de caminos "incaicos" dentro del territorio argentino" (1949, p. 93). En rigor, no hay una demostración de que realmente se trate de un camino realizado por los Incas en el período de su dominación (aprox. 1475-1536); pero tampoco fue ese el propósito de dicho autor. Simplemente, se aceptaron los datos de la toponimia y de la tradición lugareña, presumiéndose que un camino con los caracteres del estudiado no podía ser sino "inca". En el presente trabajo, a más de ampliar e ilustrar aquellos datos, creemos haber proporcionado los argumentos arqueológicos del carácter incaico de todo el conjunto estudiado, que resumiremos aquí:

1) Las *ruinas de la Pampa Real* tienen la estructura y disposición de un típico tambo cordillerano: grupos separados de habitaciones, constituyendo cada uno un semiconglomerado; abundante existencia de recintos asociados desiguales, sobre todo en la forma de habitaciones más o menos rectangulares con recintos descubiertos

algo mayores (patios o pequeños corrales); existencia de por lo menos un gran recinto pircado rectangular generalmente interpretado como corral; existencia del recinto perimetral compuesto. Esta estructura la tienen también otros tambos estudiados por otros investigadores en zonas más alejadas, grandes (por ej. Catarpe en la zona de San Pedro de Atacama en Chile: Mostny, 1949, pp. 158-165; Ingenio del Arenal Médanos en Catamarca: Márquez Miranda y Cigliano, 1961), o pequeños (Los Cazaderos: Aparicio, 1937).¹¹ También hay un interesante paralelismo con la "ciudad" minero-ceremonial del Nevado del Aconquija (Paulotti, 1958/59; Mansfeld, 1948), situada a la misma altura aunque indudablemente de mayor magnificencia.

Falta uno de los rasgos constructivos típicos de la arquitectura provincial incaica chileno-argentina, la argamasa y el revoque con barro; pero esto puede explicarse como variante empobrecida local, debido tal vez a dificultad en obtener y preparar allí la argamasa.

La cerámica asociada —aparte de los fragmentos sin valor diagnóstico— es inca (no cuzqueña sino "provincial"), o, como en el caso de la negro-sobre-rojo, de características tardías frecuentemente asociada a la inca y "diaguita chilena" en varios tambos de la zona cuyana (por ej. Paso del Lámar y Ranchillos).

2) Por razones geográficas, el *ofrendatorio de la cumbre del Negro Overo* se halla asociado a la Pampa Real, y lo confirman las estaciones intermedias de los 4200 y 5500 m, así como probablemente el "pedraplén" a 4500 m de que habla Rohmeder. A su vez, se halla conectado culturalmente con los demás santuarios de altura conocidos desde el Pichu-Pichu en Arequipa hasta el cerro El Plomo en Chile central, todos de factura incaica. (Schobinger, 1966). Claro que éste es uno de los más modestos, y el único en donde se han hallado astas de ciervo.

Sobre esto último, es interesante comprobar que en el Pucará de Tilcara se han encontrado numerosas astas de huemul en las excavaciones efectuadas por Ambrosetti y Debenedetti en 1910. De los 175 recintos pircados que se exploraron en dicha oportunidad, 28 contuvieron una o varias astas, inclusive —por lo menos en un caso (Nº 146)— con sus extremidades intencionalmente aguzadas

11 Una estructura similar, tanto en distribución como en técnica constructiva, aunque en dimensiones mayores, tienen muchos *tampu* del Perú. (Ver por ej. Morris, 1966).

(Debenedetti 1930, pp. 48-103). En su mayor parte trátase de viviendas, pero hay varios casos en que las astas forman parte de un ajuar. También en la "Necrópolis" situada sobre el faldeo S.E. del Pucará, de ajuar más pobre y sin piezas de origen peruano, se encontró un asta de ciervo acompañando a un párvulo inhumado en una olla (Debenedetti 1930, p. 131). De aquellos sitios, varios muestran contemporaneidad e influencia incaica, sobre todo el N° 167. Todo el Pucará constituyó, en la última fase de su ocupación prehispánica —de la que procede la mayor parte de las ruinas y del material cultural— un importante baluarte incaico, no sólo militar sino también religioso, como lo demuestra el Edificio N° 1 llamado "La Iglesia" (Debenedetti op. cit., pp. 38-45; cfr. Lafón, 1956, 1958; Krapovickas, 1958-59). Las astas de Tilcara no tuvieron un fin utilitario. Debían simbolizar la fuerza mágica de la que era portador el cérvido, al modo de interesante y lejana supervivencia paleolítica. (En un caso se inhumó el cráneo de un ciervo joven dentro de una ollita, junto con dos pucos. Ver op. cit. p. 51). El asta pudo, pues, tener valor de ídolo, amuleto u ofrenda, ya sea colocado o escondido en las viviendas, o acompañando a los muertos al Más Allá.

Ahora bien, no tenemos datos de que esto forme parte de la cultura Inca. Debemos pues considerarlo como una práctica tradicional de parcialidades que, en un momento dado, se hallaron bajo el dominio imperial. A falta de otros datos, podemos plantear la hipótesis de que los escaladores del Negro Overo pertenecieron a la cultura "Humahuaca-Inca" o, más ampliamente, a algún grupo incaizado del norte argentino o sur de Bolivia, zona esta última de donde, según opinión de Lafón (1956, 1958 a), proviene la incaización secundaria de la quebrada de Humahuaca.

Un detallado estudio comparativo de la cerámica de la Pampa Real con la del Pucará de Tilcara y de otros sitios tardíos del N.O. argentino —sobre todo los diversos tipos negro-sobre-rojo (Hornillos, Belén, Famabalasto, etc.) con los cuales muestra aire de familia—, podría precisar mejor los términos del problema. También en algunos yacimientos incaicos del N. de Chile se ha encontrado alfarería negro sobre rojo (Iribarren, 1961, p. 65; Niemeyer, 1963, p. 220 y cuadro).

3) Para el carácter incaico del *tramo principal del camino*, hablan de por sí su trazado rectilíneo y orientado y su asociación a un

poblado similar al de la Pampa Real en su sector E.; sus sostenes mediante sillares en las laderas (más toscos que los peruanos pero no menos efectivos y bien conservados) y terraplenes pétreos en las hondonadas y los cortes en la roca en su sector alto; y su asociación a otro "tambillo" en su sector occidental.

4) Los restos del *sitio ceremonial (círculo de piedras) y del poblado cercano a Las Pircas* corresponden por su lado a la dominación inca, por su asociación cerámica y los demás indicios geográficos y toponímicos.

¿Cuál fue la funcionalidad de la Tambería de la Pampa Real? Rohmeder acepta la opinión de Kühn y Boman de que se trataba de un poblado de mineros. Se basan en las referencias históricas de la existencia de explotaciones de oro, plata y cobre en las faldas del Famatina (nombre que según algunos significa "rico en metales"), y el hecho de que la altura y ambiente climático en que se encuentra la tambería no permite ninguna clase de cultivo, y sólo algunas llamas hubieran podido obtener su alimento en algunas vegas cercanas. Pero no sólo el alimento, forraje y leña debieron ser traídos desde más abajo (probablemente desde Chilitanca y Chilecito, este último el principal centro incaico de la región), sino que sólo debió estar poblada durante unos pocos meses al año. Es un caso similar al de las tamberías cordilleranas en los pasos a Chile, que se hallan a la misma altura.

El hallazgo del sitio ceremonial de la cumbre, lleva a plantear una nueva interpretación. Así como al pie del Pichu-Pichu hay un conjunto de habitaciones pircadas con "plaza de ceremonias" (Linares Málaga, 1966); al pie del Licancabur otro conjunto similar que debió ser ceremonial en directa asociación con el sitio de la cumbre (Le Paige, 1966), y al pie del Cerro El Toro una extensa tambería cuyo gran "corral" tal vez no sea sino un recinto cáltico, así también el conjunto habitacional de la Pampa Real pudo haber tenido primordialmente una finalidad religiosa (cosa que ya habíamos reconocido para la estructura C). Representaría una etapa —la principal— de un itinerario realizado una o pocas veces al año por grupos reducidos de súbditos del Incario, que bien pudieron ser mineros con sus jefes religiosos. No olvidemos que el oro y la plata eran metales sagrados para las antiguas civilizaciones, y el acto de su extracción, o de su lavado en los arroyos que bajan de la Sierra de

Famatina, debió tener en cierto modo un carácter cúltico. (Al fin y al cabo, su destinatario era el Inca, Hijo del Sol). En una palabra, se sugiere que la tambería de la Pampa Real, sin desconectarse del todo de las actividades mineras, tuvo primordialmente carácter de estación de alojamiento y ceremonias previas a las realizadas ocasionalmente en la cumbre del Negro Overo.

Por otra parte, de haber sido exclusivamente un centro minero, ¿cómo se explicaría la total ausencia de restos relacionados con dicha actividad? ¿Por qué no se conservaría alguno de los instrumentos con los que se realizaban los laboreos, como los ilustra Iribarren para las minas de la zona de La Serena, y por qué no quedan restos de minerales abandonados en el suelo como en el poblado incaico de Los Infieles, en esa misma zona? (Iribarren, 1963, pp. 62-64, ver lám. 21). ¿Por qué no hay ni rastros de un basural?

Los verdaderos centros mineros prehispánicos debieron ubicarse algo más al sur (zona de La Mexicana), lo mismo que hoy día.

Así, por último, se explicaría la inexistencia de cualquier clase de piedras de moler. Los mismos ocupantes temporarios de la tambería se debían traer sus víveres desde el valle, junto con sus pequeñas e infaltables tropillas de llamas, y, en algún lugar especial de sus alforjas, las astas votivas extraídas de los ciervos sacrificados, destinadas a ser colocadas en el "espacio sagrado" cuadrangular de la Cumbre, en honor de la Divinidad.¹²

12 Como resultado de un cuidadoso análisis, Madrazo y Ottonello acaban de llegar a una importante conclusión, que sobre la base de nuestros propios estudios compartimos sin reservas: "Tanto el exiguo número de fortalezas, que parece señalar una actitud previsorá más que agresiva, como la existencia de sitios incaicos sin defensa y, en ciertos casos, evidentemente ligados al culto, indican una relación más bien pacífica con las culturas aborígenes. Es muy posible que la penetración tuviera un carácter predominantemente religioso. La presencia ya anotada de recintos presumiblemente cúlticos y definitivamente incaicos en La Paya y Tilcara demuestra el alto grado de prestigio y aceptación obtenido por la religión peruana. A esto hay que agregar los adoratorios de altura que han aparecido" en diversos lugares de la zona cordillerana (1966, p. 63). Esto habría que completarlo con el carácter "religioso" (en el sentido antes sugerido) de la explotación minera y del trazado de caminos. (En el área cuyana estos últimos tenían como fin primordial comunicar con Chile, cuya incaización parece haber sido más fuerte que la del área argentina).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALURRALDE, Nicanor: 1948. El sistema de caminos incaicos en el territorio argentino. *La Ingeniería*, t. 52, N° 884, pp. 308-318. Buenos Aires.
- APARICIO, Francisco de: 1936. Vestigios de caminos incaicos en la provincia de La Rioja. *Revista Geográfica Americana*, N° 36, pp. 167-174. Buenos Aires.
- 1937. La tambería de Los Cazaderos. *Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología*, t. 1, pp. 77-83. Buenos Aires.
- 1940 a. Ranchillos, Tambo del Inca en el camino a Chile. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, t. I, pp. 245-251. Mendoza.
- 1940 b. La tambería del Rincón del Toro. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Fac. de Filosofía y Letras, Serie A, IV*, pp. 239-252. Buenos Aires.
- BOMAN, Eric: 1920. Vorspanische Wohnstätten, Steinwerkstätte und Petroglyphen in der Sierra de Famatina. *Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zur Kultur- und Landeskunde Argentiniens*, VI, pp. 25-39. Buenos Aires.
- BREGANTE, Odilia: 1926. Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste argentino. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, Salvador: 1917. Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan. *Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección Antropológica N° 15*. Buenos Aires.
- 1930. Las ruinas del Pucará, Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy). *Archivos del Museo Etnográfico, N° 2 (Primera parte)*. Buenos Aires.
- GRESLEBIN, Héctor: 1940. *Arqueografía de la Tambería del Inca (Chilecito, La Rioja, Rep. Argentina)*. 27 pp. Buenos Aires.
- HAUTHAL, Rodolfo: 1895. Primera ascensión al Nevado Colorado de Famatina. *Rev. del Museo de La Plata*, t. VII, pp. 171-180.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge: 1962. Minas de explotación por los Incas y otros yacimientos arqueológicos en la zona de Almirante Latorre, departamento La Serena. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Boletín N° 12*, pp. 61-72.
- KRAPOVICKAS, Pedro: 1958/1959. Un taller de lapidario en el Pucará de Tilcara. *Runa*, IX, pp. 137-151. Buenos Aires. (Impreso en 1964).
- KÜHN, Franz: 1919. Observaciones morfológicas en la región central de la Sierra de Famatina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, t. XXX, pp. 255-280.
- LAFON, Ciro René: 1956. El horizonte Incaico en Humahuaca. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XII, pp. 63-74. Mendoza.
- 1958 a. Rastros culturales incaicos en el Pucará de Tilcara. Separata del libro "Tilcara", 5 pp.
- 1958 b. Contribución a la determinación del Horizonte Incaico en el área Diaguita. *Acta Praehistórica*, II, pp. 122-132. Buenos Aires.
- LE PAIGE, Gustavo (S.J.): 1966. El santuario incaico del Licancabur. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XXI. Mendoza.
- LINARES MALAGA, Eloy: 1966. Hallazgos arqueológicos en el Nevado Pichu-Pichu (Arequipa, Perú). *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XXI. Mendoza.
- LORANDI DE GIECO, Ana María: 1965. Sobre la aplicación de métodos estadísticos al estudio del arte rupestre. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XX, pp. 7-26. Mendoza.

- MADRAZO, GUILLERMO B. y OTTONELLO DE GARCIA REINOSO, Marta: 1966. Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Aroe", Monografías N° 1. Olavarría.
- MANSFELD, Franz: 1948. La "ciudad legendaria del Aconquija". Revista Geográfica Americana, Vol. 3, N° 179, pp. 53-59. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, Fernando y CIGLIANO, Eduardo Mario: 1961. Problemas arqueológicos en la zona de Ingenio del Arenal (Prov. de Catamarca, Rep. Argentina). Rev. del Museo de La Plata (Nueva Serie), Secc. Antropología, t. V, pp. 123-169.
- MORRIS, Craig: 1966. El Tampu Real de Tunsucancho. Cuadernos de Investigación (Universidad Nacional Hermilio Valdizán), N° 1, Antropología, pp. 95-107. Hnáuco.
- MOSTNY, Crete: 1949. Ciudades Atacameñas. Bol. del Museo Nac. de Historia Natural, t. 24, pp. 125-201. Santiago de Chile.
- NIEMEYER, Hans: 1963. Excavación de un cementerio incaico en la Hacienda Camarones (Prov. de Tarapacá). Revista Universitaria (Univ. Católica de Chile), Año XLVIII, pp. 207-233. Santiago de Chile.
- PARDO, Luis A.: 1939. Arte Peruano: Clasificación de la cerámica cuzqueña (Epoca Incaica). Revista del Instituto Arqueológico del Cuzco, Año IV, Nos. 6 y 7, pp. 3-27. Cuzco.
- PAULOTTI, Osvaldo: 1958/1959. Las ruinas de los Nevados del Aconquija. Noticia preliminar. Runa, IX, pp. 125-135. Buenos Aires. (Impreso en 1964).
- ROHMEDER, Guillermo: 1941. Las ruinas de "Las Tamberías de la Pampa Real" en la Sierra de Famatina. Rev. del Instituto de Antropología de la Univ. Nac. de Tucumán, Vol. 2, N° 6 (pp. 109-120).
- 1949. Estudio de un prehispánico camino de cuesta por la Sierra de Famatina. Rev. del Instituto de Antropología, Vol. IV, pp. 84-93. Tucumán.
- RUSCONI, Carlos: 1962. Poblaciones pre y posthispánicas de Mendoza. Vol. III (Arqueología). Mendoza.
- SCHOBINGER, Juan: 1962. Representaciones de máscaras en los petroglifos del occidente argentino. Anthropos, vol. 57, pp. 683-699. St. Augustin (Alemania).
- 1964. Investigaciones arqueológicas en la provincia de San Juan, Rep. Argentina. (Informe preliminar). Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962, pp. 615-619.
- 1966. Breve historia de la arqueología de alta montaña en los Andes Meridionales (pp. 11-27); La expedición de Investigación y rescate. Descripción del sitio y enumeración del material hallado (pp. 33-51); Conclusiones (pp. 195-207). Capítulos del libro *La "momia" del Cerro El Toro*. Mendoza.
- MS I. Exploraciones arqueológicas en la región cordillerana de la provincia de San Juan. (A publicarse en los Anales de Arqueología y Etnología.)
- MS II. Arte rupestre de la provincia de San Juan y zonas vecinas.
- SCHOBINGER, Juan (Editor): 1966. La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina). 218 pp. Mendoza. (Varios autores).
- STRONG, William Duncan y CORBETT, John M.: 1943. A ceramic sequence at Pachacamac. Columbia Studies in Archeology and Ethnology, Vol. I, N° 2. Nueva York.
- STRUBE ERDMANN, León (S.V.D.): 1963. Vialidad imperial de los Incas. Instituto de Estudios Americanistas, Serie Histórica, N° 33. Córdoba.
- VAZQUEZ, Juan Adolfo: 1966. Observaciones para la interpretación de la momia del Cerro El Toro desde el punto de vista de la filosofía e historia comparada de las religiones. En *La "momia" del Cerro El Toro*, pp. 167-174. Mendoza.



(Ver leyenda al dorso.)

MAPA CON LA UBICACIÓN DE LOS SANTUARIOS DE ALTA MONTAÑA
EN LOS ANDES CENTRO-MERIDIONALES

Circunferencia: Cerro con sitios arqueológicos en la cumbre (o en sus flancos a más de 5000 m de altura), incluyendo los sitios ceremoniales situados a su pie (Pichu Pichu y Licancabur).

Triángulo: Otros cerros importantes.

Signo cuadrangular: Algunas de las ruinas de tambos y poblados incaicos. 1: Turi; 2: Catarpe; 3: Tilcara; 4: La Paya y sitios aledaños (Potrero de Payogasta); 5: Tebenquicho; 6: Antofagasta de la Sierra; 7: Fuerte Quemado; 8: Punta de Balasto; 9: ruinas de los Nevados de Aconquija; 10: Pucará del Aconquija; 11: Watungasta (La Troya); 12: Los Cazaderos; 13: Pampa Real; 14: Chilecito; 15: Los Mudaderos (Jagüel); 16: Río de los Tambos (tres sitios); 17: Paso Valeriano; 18: La Alcaparrusa; 19: Guandacol; 20: Paso de Lámar; 21: Río Frío; 22: Río Vacas Heladas; 23: Tocota; 24: Tambillos; 25: Ranchillos; 26: Copiapó; 27: Quillota.

Este libro se terminó de imprimir el día 11 de agosto de 1967, en "Victor Hugo Fasanello", Editorial Talleres Gráficos, Rioja 1922. Mendoza-Argentina